

¿Quereis que cuente otras historias de pobres vergonzantes? Muchas os pudiera contar, porque muchas hay, por desgracia; pero vosotros las podeis hallar como yo, porque todos vosotros conoceréis, y saludareis, y dareis la mano á algun pobre vergonzante.

Los administradores de casas en Madrid, los jueces de paz, los curas de los hospitales, las patronas de casas de huéspedes, los observadores que concurren á los bailes de máscaras de medio carácter, los usureros, las prenderas, os podrán contar miles de historias de pobres vergonzantes, todas originales, todas diferentes, todas lastimosas.

No es la más horrible la miseria que pide por amor de Dios, la miseria contra la que claman los periódicos, y á la que encierran por fuerza en los asilos de caridad los dependientes de las autoridades: la más horrible, la más digna de compasión, es la que se oculta, la que se avergüenza de pedir una limosna, la que da quizá el último cuarto al paralítico, ó al ciego con vista, ó al tartamudo fingido, que se la piden en la calle, la miseria, en fin, de los pobres vergonzantes.

Un solo camino hay que no conduce á tan horrible miseria: la fé, el trabajo y la prudencia.

VIII.

El barbero.

Todo está compensado en el mundo. El hombre constituido en sociedad tiene por ende inmensas ventajas y grandes derechos, de que carece el nacido en los pueblos salvajes; pero cuantas más ventajas y más derechos le da la civilización, tantas más necesidades le crea, necesidades que no preocupan jamás á los bárbaros que las desconocen. Visto el epígrafe de este artículo, ya comprende el lector que una de estas necesidades que pesan sobre el hombre civilizado, es la necesidad de afeitarse.

Dichosas las mujeres que no conocen esa necesidad, aunque las hay que tienen muy buenos bigotes, como vulgarmente se dice.

El jóven imberbe suele tener hambre y sed de barbas, y el día más feliz de su adolescencia es aquel en que sobre el labio superior advierte una ligera sombra, que le asegura para algun tiempo despues un bi-

gote como el de su padre. Es que no sabe aun qué cosa es afeitarse, que si lo supiera, ese día sería el más triste de su vida; es que su deseo de ser hombre y tenido por tal le preocupa de manera, que olvida en sus ilusiones cuánto cuesta aquel bozo que luego se torna espesísimo bigote y enmarañada barba; es que no conoce á ningun barbero, ni puede formarse idea de lo que sufre el hombre, condenado por la civilizacion y por su indolencia ó su ignorancia á entregarse en manos de un barbero, que tiene el privilegio de hacer armas contra el prójimo sin ser llevado á la cárcel ni sometido á tribunal alguno.

La naturaleza, que para invenciones caprichosas se pinta sola, quiso divertirse con el hombre, y le dió las barbas, y luego la moda y el bien parecer y hasta el ornato público quisieron aumentar la diversion, obligando al hombre á quitarse hoy lo mismo que tendrá mañana, para quitárselo otra vez y volverlo á tener pasado mañana.

El hombre se puede desprender de todo, hasta de los sentimientos más arraigados en el hombre, pero no puede desprenderse de las barbas: un hombre acaba de afeitarse, y se pasa con satisfaccion la mano por la cara, hallándosela suave, y tersa, y limpia; va á visitas, ó al teatro, ó al baile, y vuelve á su casa, y al pasarse otra vez la mano por la cara, ya la encuentra áspera y sembrada de puntos negros ó blancos, que se multiplican prodigiosamente en pocas horas.

La barba, al mismo tiempo que declara la fuerza del hombre, le advierte su debilidad y su pequeñez. El hombre, que tanto puede, no puede usar contra la



barba otras armas que una navaja de afeitar, bajo cuyo filo vuelve á nacer invariablemente, y hasta que el hombre da con su cuerpo en tierra, la misma barba más espesa, más fuerte cada vez.

Hay muchos hombres que no tienen pelo de barba, aunque lo tengan de tontos; creará algún barbudo que estos son felices por estar indultados de la necesidad de afeitarse; pues, nó, señor, son mucho más desgraciados, porque les mortifica la idea de que se les considere hombres débiles y afeminados, pues sabido es que, á pesar de los progresos indudables de la civilización, y de que ésta nos haya traído la fuerza de la razón y pretenda desterrar del mundo la razón de la fuerza, la condición humana y las ambiciones, que se aumentan á medida que aumentan las necesidades, aseguran siempre cierta superioridad sobre el débil y pusilánime, al hombre de pelo en pecho y echado para adelante.

Pero basta de barbas, y presentemos al barbero en escena.

Como la mayoría de los hombres se compone de gente por extremo apática é indolente, que es la que con perjuicio propio hace el caldo gordo á la minoría laboriosa y vividora, cuando el hombre activo empezó á sentir la necesidad de afeitarse, el hombre perezoso sintió la necesidad de que lo afeitaran. Y de estas dos necesidades iguales y distintas, dedujo un tercero la conveniencia en pró de sus intereses, de afeitar al segundo, halagando y explotando á un tiempo el vicio de la pereza, que es el vicio más español de todos los vicios.

Y este hombre fué el primer barbero; la historia no nos dice su nombre. La modestia era *in illo tempore* (ya lo digo en latin, porque en español no sé en qué tiempo nació el primer barbero) compañera inseparable del trabajo y el mérito.

Ya conocí el lector al barbero, amigo del cura, que nuestro inmortal Cervantes nos presenta en su *Ingenioso hidalgo*; pues ese es el tipo más exacto del barbero, y no hay mas que recorrer los pueblos de la Mancha para encontrar en cada uno un barbero, que parece hijo del hijo del hijo del hijo de aquel.

El barbero en esos pueblos es un personaje; si se votara una ley radical de incompatibilidades de oficios y artes y cargos públicos, el barbero del pueblo perderia toda su importancia, porque no podria ser barbero, y sacristan, y secretario del Ayuntamiento, y pasante de la escuela, y algunas veces organista.

El barbero de Madrid no es mas que barbero, y lo más, cursante de cirugía menor; que es la condicion más ínfima de la ciencia de curar.

Cada dia afeita á veinte ó treinta de sus semejantes, por un mísero jornal y un par de horas libres para asistir á cátedra, y con ese jornal, cuidadosamente conservado, llega á reunir la cantidad precisa para la reválida, obtenida la cual queda autorizado para vivir harto trabajosamente, ó morirse de hambre el mejor dia del año.

Si otro hombre, el de más modestas aspiraciones, no esperara otra cosa mejor del porvenir, se daria á todos los demonios, y amargamente deploraria lo aciago de su suerte y lo precario de su situacion presente y

futura; pero el barbero, que es filósofo, espera con ánimo sereno la reválida, y, convencido de que ser poco y querer ser mucho son dos males, y tres pensar en los rigores de la fortuna, rara vez está triste, y rara vez se le encuentra sin ganas de jugar una brisca, ó de echar un coplá, acompañándose de una vihuela, instrumento indispensable de todo barbero.

Y es que el barbero ha nacido para ser barbero; es que en el vientre de su madre era barbero ya; y al llegar á la edad en que el niño empieza á ser hombre y tiene que empezar á ser algo, la misteriosa revelacion de su instinto le lleva á poner la mirada en las barbas del vecino y la mano en la navaja fratricida.

Entre otros caprichos extravagantes, tengo el de creer firmemente que los escribanos, los veterinarios y los barberos, han nacido predestinados para esos oficios; que estos oficios no se han hecho para algunos hombres, sino que por el contrario, algunos hombres han sido hechos para estos oficios.

Y no se diga que el barbero no sabe hacer otra cosa que afeitar, nó, señor: el barbero canta, toca, declama y baila.

Sus instrumentos favoritos son la guitarra, la bandurria y la flauta; sus canciones son todas las canciones populares de que es tan pródiga nuestra España, y que no ceden, si es que no aventajan, en poesía, sentimiento y gracia, á las de los países más favorecidos por la musa popular; las comedias favoritas que representa cada mes una vez en un teatrillo de los llamados caseros, *El Puñal del Godo*, *Verdugo* y *Sepul-*

turero, etc., etc., y sus bailes los famosos de Capellanes y Recoletos.

Tambien tiene su literatura preferida, y es digna de elogio esta aficion, por más que su literatura sea la de *María, la hija de un jornalero, El palacio de los crímenes, El tigre del Maextrazgo, Los misterios de la Inquisicion, El pueblo y sus opresores, La bruja de Madrid, Los mil y un fantasma, Las catacumbas* y otros libros cuyos títulos ó rótulos excitarian horriblemente los nervios de las nueve hermanas, si las nueve hermanas no estuvieran ya curadas de espanto con las cosazas que se ven en estos tiempos, cosas que, aunque no son para dichas, se dirán en el curso de esta obra.

El barbero está siempre enamorado: unas veces de la criada del piso principal, otras de la doncella del marqués de enfrente, otras de las modistas de al lado, y otras de la maestra. En este último caso se expone á dos males infaliblemente: á que el maestro, si aquella es casada, le rompa la vihuela en las costillas, ó, si es viuda, á casarse con ella, para que á lo mejor le eche en cara su pobreza, y le recuerde que por ella está establecido y tiene para comer un puchero, y que él vino con lo puesto, y que sin ella no tendria ni una mala navaja, ó en fin, para que el dia ménos pensado se presente otro mancebo, y como él hizo, haga el amor á la maestra, y ésta y el enemigo de su paz conyugal se echen á pensar cuán felices serian si al maestro se le llevarán los mismísimos demonios.

El barbero no fia nunca en su elocuencia cuando

está enamorado, y prefiere escribir; así es, que todas las novias de barbero reciben una primera carta, que invariablemente comienza con estas palabras:—«Desde el momento que tuve la dicha de ver á V.....» y acaban con el consabido y sospechoso *buen fin*, y otros lugares comunes, que hasta para las mujeres huelen á puchero de enfermo y á tonto que trascienden.

Las mujeres,—y esto es verdad aunque parezca mentira,—no forman el mejor concepto del hombre que dice el primer día que su fin es visitar la vicaría, por más que en esta santa casa tengan puestos los ojos casi todas las mujeres, esperando el momento de poner también los piés. Y es que la experiencia va haciendo muy incrédulas á las mujeres, y cuando alguno les dice que viene con buen fin y con intencion de doblar la cerviz y tomar estado, dicen ellas, para sus adentros, como Santo Tomás bendito: «Ver y creer.»—Creo que este sistema es el mejor.

El barbero tiene también su opinion política, y hasta su sistema de gobierno; solamente que su opinion es siempre la del periódico á que está suscrito el maestro para ilustracion de los parroquianos, y cuyas ideas, apreciaciones y noticias, exagera caprichosamente. Por ejemplo: dice el periódico que Garibaldi ha derrotado á 20 soldados pontificios, y él aumenta hasta 20,000 el número de éstos; dice que se ha caido de un andamio un trabajador y se ha roto una pierna; el barbero lo mata en el acto, y hasta asegura haberlo visto caer y morir. Y todo esto y muchas cosas más cuenta el barbero al parroquiano mientras le llena de jabon la cara, y hasta los ojos, haciéndoselo tragar de cuán-

do en cuándo, ó mientras le recuerda el horrible martirio del glorioso San Bartolomé, raspándole los carrillos hasta que salta sangre.

El pobre que contesta afirmativamente cuando el barbero le dice: «¿Quiere V. que le descañone mucho?» ó tiene un cutis como la piel de un camello ó una cara más vieja que él mismo, y quiere que se la pongan como nueva, ó sufre persecucion por la justicia, y en lugar de disfrazarse, entrega el rostro al barbero para que se lo desfigure.

Pues ¿y cuando el barbero le mete á un cristiano en la boca los pecadores dedos llenos de jabon, aceite, pomada, bandolina y humo de tabaco? ¿Y cuando, mientras con una mano le pasea la navaja por la barba, con la otra le agarra de la punta de las narices y apenas le deja respirar? ¿Y cuando le hace echar la cabeza atrás, y en esta violenta postura le acaricia la garganta con el instrumento, con gran peligro de hacer una barbaridad?

Pues, ¿y el pobrete que está constipado, y se pone á que le afeiten, exponiéndose al primer estornudo á quedarse sin decir «Jesús»?

Y á todo esto, el barbero sin cesar de hablar, y haciendo elogios de la barba de V., por lo espesa y fuerte, y contándole á V. todo lo que sabe, y preguntando todo lo que ignora, y sobándole á V. con un esmero digno de mejor empleo.

Y V. allí sin poder moverse, sin poder salir de su dominio hasta que está V. sobado, rasurado, descañonado, lavado, empolvado, peinado y desollado, todo por un real de vellon y la propina.

Si es V. más perezoso que los demás hombres, y prefiere V. que el barbero le afeite en su misma casa, sufrirá lo mismo que el parroquiano de la barbería, y mayor dosis de conversacion y noticias políticas, sobre que el mancebito le levantará á V. de cascos á la doncella, y con achaque de que es el barbero, entrará sin anunciarse, y sabrá si V. come, si V. cena, si V. tiene dinero, si tiene algun belen, si conspira, si se quiere pegar un tiro, si hace cocos á la viuda de enfrente, etc.

Y si es V. ministro, ó general, ó diputado, ó director, ya puede V. prepararse para oir todos los dias las instancias del pretendiente más porfiado y tenaz, y las peticiones más absurdas y extravagantes; porque, lo que él dice, como todos saben que le afeita á V., todos creen que debe tener gran influencia, y que le que V. no haga por su barbero, no lo hará por nadie. Y guárdese V. de complacerle una sola vez, porque entónces sus exigencias no tendrán fin, hasta que V. lo eche con cajas destempladas cuando le pida á V. para él mismo una Administracion de Correos, ó una secretaría de Gobierno civil, ó que le den un título de médico-cirujano sin ser más que sangrador, ó que de los siete años de la carrera le dispensen de Real orden seis y medio.

El será despues enemigo irreconciliable de V., y de V. dirá tales cosas, que habrá que taparse los oídos; pero esto es preferible al continuo martilleo de sus pretensiones, y á sus eternas conjeturas políticas, y á la marcial franqueza con que le trató á V. miéntras le tuvo por su parroquiano.

Los periódicos han referido miles de anécdotas, en las que figura en primer término un barbero, y muchas podría yo referir; pero como aquellas y éstas son muy conocidas—tal es la popularidad de los barberos,—haré gracia de ellas al lector.

Los barberos en Madrid no son ya generalmente lo que eran ántes; hoy hay muchas barberías ó peluquerías lujosamente montadas, en las que se afeita á los que no saben ó no quieren afeitarse ellos mismos, con aseó y comodidad; pero no por eso han desaparecido las barberías propiamente dichas, cuyos dueños son á la vez cirujanos, comadrones, y vacunan niños, y examinan nodrizas, y aplican sanguijuelas á *domicilio*.—Es de esperar que andando el tiempo estos beneméritos profesores cedan las barbas del vecindario á los peluqueros, y se contenten con los resultados que les dé su práctica en la obstetricia.

El barbero que será eterno será el barbero ambulante, el que lleva consigo el yelmo, ó sea la vacía, el agua caliente y el jabon, y en medio de la calle ó en un portal coge á un cristiano aguador, ó mozo de cuerda, ó pobre de solemnidad, y por cuatro cuartos *cara al sol* y seis á *la sombra*, le pone más guapo que el guapo Francisco Estéban.

Este barbero ambulante ha perdido ya la costumbre de llevar una nuez y meterla en la boca de los parroquianos; pero en cambio, con el agua que baña el rostro cariacontecido del primero á quien afeita, suele bañar el del segundo y el del último.

Para concluir, diré que el barbero que yo prefiero es *El Barbero de Sevilla*.

IX.

El médico.

Después del sacerdote, á nadie debemos mayor respeto y más profunda consideracion que á los médicos; ninguna clase es más digna de premio, y pocas hay, sin embargo, tan mal recompensadas en España.

La vida del médico es una vida de abnegacion y sacrificios.

El médico ha de poseer todas las virtudes, ha de tener todos los valores, ha de practicar siempre aquel divino precepto que nos manda amar al prójimo como á nosotros mismos, y aun ha de amar mucho más al prójimo que á sí mismo.

Todas las carreras tienen más porvenir, más galardón que la del médico, aunque por otra parte, éste puede obtener el mayor galardón que hay en el mundo, el que no se compra ni nadie no lo puede dar, el de la conciencia satisfecha de haber hecho bien á la humanidad. En esta, como en todas las profesiones,

hay hombres indignos de tan sagrada mision; pero de éstos no queremos hablar, y por fortuna para la clase, podemos decir que son los ménos. Los más son modelos de honradez, y de caridad, y de desprendimiento.

Y la mayoría de estos hombres, que han empleado mucho tiempo y mucho dinero en seguir tan penosa carrera, que no dejan de estudiar un solo dia, que gastan pronto su vida en el estudio y el trabajo, vive pobre y hasta trabajosa y miserablemente, y muere dejando, cuando la pueden dejar, una mezquina herencia á sus familias.

Y al mismo tiempo vemos hombres que no son médicos, ni abogados, ni nada, ni han estudiado en más escuela que en la de la desvergüenza y la osadía, alcanzar grandes posiciones y vivir sobre el país, pesando sobre él casi como una epidemia.

Y médico habrá que tenga sesenta años y seis hijos, y gane 6 ó 7.000 rs. anuales en un pueblo.

La vida del médico de partido es una vida deliciosa.

Y en algunos partidos, la vida del médico es una muerte que dura lo que la existencia del médico.

El medico del pueblo es el criado del todo el pueblo, es el responsable de todas las muertes y desgracias que ocurren en su jurisdiccion, y está siempre á merced de todos, desde el alcalde hasta la tia Lenteja, que tiene noventa años, y la sacan todos los dias en un esporton al sol.

Si el enfermo se muere, la culpa es del médico, y si recobra la salud, se debe á los sinapismos de harina de almortas que le puso la tia Lenteja, y á una estampa

de San Roque que le puso el tío Dengue sobre la cama.

Si el médico no asegura bajo juramento que un moceton como un castillo que ha entrado en quinta padece una tisis en tercer grado, y el mozo tiene que ir al fin y al cabo á coger el fusil, ya puede andar con cuidado, no sea que le arrimen entre ambas orejas un garrotazo por via de correccion. Si se muere la ría Engracia sin hacer testamento en favor de un sobrino que ya habló sobre el *particular* al médico, ya puede prevenirse éste, no sea que el sobrino le ponga tambien en absoluta imposibilidad de hacer testamento en favor de nadie. Si llaman al médico de casa del herrador, que es hermano de la primera mujer del alcalde y tío de la segunda, y tiene aquel que hacer ántes otras visitas más urgentes, ya puede contar con un recadito del alcalde para que comparezca ante su autoridad y sufra una reprimenda, y sea amenazado con suspension del cargo, y hasta con la cárcel, si el médico se atreve á observar que el señor alcalde es el asno mayor del pueblo. Hasta en las elecciones, si el médico es por su desgracia elector, se le invita á votar espontáneamente en favor de quien indica el alcalde, y si no es elector, se echa mano de él para que aconseje á los electores, ni más ni ménos que si el votar á tal ó cuál candidato fuese una medida higiénica y preservativa de todo género de enfermedades.

El médico de pueblo tiene que ser hombre político, es decir, tiene que exponer su opinion, ó más bien assimilarla á la de la mayoría de la gente de viso del pueblo; si es liberal, y el alcalde, y el boticario, y el secretario del Ayuntamiento, y el alguacil son absolutistas, ha de presentarse él como más absolutista que Calomarde, ó

como más liberal que Riego, si los citados señores son echados para adelante. Y si no lo hace así, ya será considerado como hombre peligroso y médico ignorante. Ha de ser también astrónomo, y ha de saber cuándo va á llover, ó á nevar, ó á hacer frío ó calor, porque si no lo sabe dirán: «¿Qué médico es este que no sabe esas cosas?»

Y si hay barbero en el pueblo, tendrá que oír que hay quien le proponga que celebre con aquel una consulta sobre el tabardillo de la tía Lamparilla, ó la gastritis del hijo del escribano.

En suma, los médicos de los pueblos están mal pagados, mal tratados y poco considerados.

El médico militar está también mezquinamente retribuido. Los médicos militares, sin dejar de exigirles obediencia completa en el cumplimiento de sus deberes, debían estar más considerados de lo que lo están.

Sobre esto no diremos más, por muchísimas razones. Solo consignaremos que el médico de un regimiento es esclavo de todo el regimiento y de todas las mujeres del regimiento, y no conocemos mujeres más propensas á jaquecas, ataques nerviosos y todo género de alifafes que las militares. Muchas noches despierta el asistente al médico, y éste, sobresaltado, cree que andan ya á tiros por las calles, cuando lo que hay es que la capitana Gomez le manda á llamar con toda prisa, porque se ha despertado tres veces con un dolorcito sordo en la uña de un pulgar, ó que la comandanta Diaz ha comido algo más de lo regular y tiene una indigestion, ó que la teniente coronela ha tomado una

sofocacion porque su marido ha ido á casa á las tantas de la noche.

En la guerra, el médico militar merece indudablemente el primer lugar; entónces no es solo médico, es soldado tambien, y es más que todo eso, es la providencia para el enemigo herido y vencido que á él se entrega.

En tiempos de epidemia, el médico, como el sacerdote, no puede ser cobarde, no puede posponer el extraño á su familia, porque entónces él es el padre, el consuelo, el único amparo de los que sufren y de los pobres.

De esperar es que los gobiernos comiencen á atender con más empeño, en honra de la nacion, á tan respetable clase, estimulando de todos los modos posibles á los que más se distinguan por su ilustracion, por sus obras y por su caridad para con el pobre, y no olviden tampoco á los médicos de partido, que por su modestia y por su abnegacion, como por los grandes servicios que prestan á los pueblos donde residen, son dignos de no mezquina recompensa.

Cuando vemos en nuestros poetas y en los de todo el mundo, y en el teatro, que se pretende ridiculizar á tan respetable clase, nos avergonzamos de que haya quien lo celebre y lo aplauda.

Ridiculídense las nécias pretensiones y la estúpida soberbia de tanto farsante como encontramos por ahí, considerados por su osadía y temidos por su descaro; ridiculídense la empleomanía; ridiculídense la vanidad y la desfachatez, la incredulidad y otros muchísimos vicios que son una verdadera epidemia en estos tiempos.

Ridiculícese, en fin, á esos charlatanes que hacen el más asqueroso comercio tomando el nombre de la medicina, que comprometen la salud y la vida de los crédulos con remedios que nada valen, y cuyo valor negativo conocen ellos perfectamente, pero respetemos á los que con legítimo derecho, con grandes trabajos y sacrificios, ejercen el alto sacerdocio de la ciencia.

X.

La santurrona.

¿No conocen VV. á doña Casta?

Pues doña Casta es una señora *pensionista de gracia*, no por la gracia que ella tiene, sino por la de la pensión que la concedió el rey difunto, gracias á docena y media de memoriales y á los buenos oficios de los padres agonizantes, á quienes el suyo habia servido, más de estorbo que de otra cosa.

La gracia de doña Casta consiste en cinco reales diarios; y como ella dice, algo es algo, y más vale poco que nada, y para cuatro dias que se vive en este mundo, ¿para qué queremos tener mucho, si luego lo hemos de dejar aquí todo?...

Doña Casta no ha sido bonita nunca; ¡figúrense VV. cómo será ahora que ya tiene sus cincuenta y siete, largos de talle!...

Doña Casta vive sola, en compañía de un gato *dominico*, muy mono, en quien tiene puestos los cinco

sentidos, porque el animalito parece que la conoce, y no le falta mas que hablar para manifestar el desinteresado amor y profundo respeto que le inspira su *amita*, como ella dice.

Pero si el gato no habla, en cambio doña Casta tiene con el gato tales conversaciones, que si todos los vecinos no supiéramos que doña Casta es perfectamente casta, y más fea que un lobo, podríamos creer que á la vejez le habian dado las viruelas, y que en el mundo se hallaba un hombre tan olvidado de sí mismo, y tan despreciado de todas, que habia puesto los ojos en una mujer de tal fecha y de tal facha.

El gato, que es un tumbon de primera, se deja que- rer de la vieja, y oye cual quien oye llover cómo le llama «*Hijo mio, Sol dorado, Regalo de la casa*» y otros ex- cesos, arrimándola de vez en cuándo alguno que otro arañazo, por jugar, como dice doña Casta.

Doña Casta no está en su casa mas que de noche. Por la mañana se levanta, pide dos carboncitos á una vecina, una *chispita* de aceite á otra, un granito de sal á la portera, y ella y el gato almuerzan lo que la noche anterior le quedó de la comida que trajo de casa de doña Fulanita, donde, Dios se lo pague, siempre le guardan lo que sobra; despues se pone la mantilla, coge los libros de devocion, que suelen ser el *Manojillo de flores á María Santisima* y el *Caminito del cielo*, el rosario, tres ó cuatro escapularios de otras tantas co- fradías á que pertenece, y la llave de la puerta de su celdita, encarga al gato que no se vaya, y que no le arañe la colcha, y que no se suba al fogon, y sale san- tiguándose devotamente.

Y ántes de manifestarse en la calle, se manifiesta en la portería y entabla con la portera este interesantísimo diálogo:

—Señora Petra, ¿ha tocado ya la capuchinita?

—No sé, doña Casta; he oído campanas y no sé de dónde.

—Como en esta casa no sabe una la hora en que vive....

—¿Dónde va V. tan temprano, doña Casta?

—A ver si *cojo* misa de ocho, ahí en las monjas.

—¡Pues qué! ¿es domingo?

—Nó, señora, pero yo oigo misa todos los dias: eso no cuesta dinero, y algo hemos de hacer por Dios. ¿Y el pariente? ¿Se fué ya al trabajo?

—Sí, sí... ¡buen trabajo te dé Dios! El dice que va, pero ¡quíá! á tomar el sol se habrá ido, como si lo viera.... ¡Como luego á la una se encuentra la mesa puesta!

—¡Ya le daría yo rejalgar! ¿No ha querido V. tener marido? ¡Duro..., duro!...

—¡Calle V., señora! Yo lo hago por estas criaturitas....

—¡Vaya una plaga!... ¡Chiquillos! No los puedo ver. ¡Ah! ya toca la capuchinita.... Hasta luego, señora Petra.

—Vaya V. con Dios.

Y sale doña Casta y se dirige al templo, donde entra, y despues de tomar agua bendita, coge un ruedo, lo lleva arrastrando hasta cerca del altar, lo coloca al lado de un banco, y se dispone á comenzar sus practicas piadosas, preguntando á la persona más inmedia-

ta si va á salir pronto la misa, y al monaguillo que pasa por allí si tendrá un cabo de cera que darle para las tempestades, y si cantará la monjita en la misa mayor.

Doña Casta se está en la iglesia pasando el tiempo, lo mismo que pudiera estar en cualquiera otra parte.

Oye todas las misas que salen, y cuando terminadas todas van á cerrar el templo, ella se va á hablar con la madre Filomena de la Transfiguracion, quien le da alguna estampita ó un acerico que tiene que llevar de regalo á una casa, y al mismo tiempo algun que otro encargo de sus compañeras, como comprar un niño Dios para vestirlo, ó llevar á casa de los conocimientos, con objeto de que las compre alguna persona de gusto, dos velas que las madres han adornado con recortaduras de papel y cintas de seda, ó una caja de cristal para los hilos con su espejito dentro, etc., etc.; doña Casta se cree tan distinguida y honrada con esta confianza, que por nada en el mundo cederia el encargo de servir á las monjas en esos y otros que suelen darla, porque saben que ella tiene muy buenas relaciones en Madrid, como que conoce á la sobrina del ama del cura de tal parroquia, y al sacristan mayor de otra, y suele ir á asistir, cuando no tienen criada, á casa de la marquesa de lo que VV. quieran, que no es de estas señoritas del dia, que no tienen mas que aparato, sino una verdadera grande de España, que tiene una mesa que es lo que hay que ver, y una despensa llena de todo lo que Dios crió.

Despídese doña Casta de la madre, y otra vez en la calle, recorre las casas donde tienen el mal gusto de

recibirla, y en una cuenta lo que ha visto en la otra,— y no hay ejemplo de que doña Casta hable bien de persona nacida,—y en una casa le dan para que compre *rapé* y en otra le *hacen* que se quede á comer, y en otra le dan lo que sobra, y de todas partes saca algo, por más que luego vaya *quitando el pellejo*, como dice el vulgo, á las personas que le favorecen.

Cuando doña Casta está en su elemento, es cuando en alguna de las casas á que concurre hay una enferma de peligro: allí está doña Casta, andando de un lado para otro, encareciendo el estado de gravedad de la paciente, recomendándosela á todos los santos de su devocion, y proclamando la ineficacia de los remedios que emplean los facultativos, y las excelencias de otros que ella conoce, por haberlos visto aplicados con gran éxito á otras personas, que han muerto por supuesto como cada hijo de Adán, y fiando la curacion de la enferma en una reliquia que tienen tales monjas, y en un Padre Nuestro que la madre Filomena le ha ofrecido rezar.

Y luego, cuando la enferma muere, es de ver á doña Casta cómo coge el cadáver y lo amortaja, y lo peina, y cómo encarece que ella sola está serena, y que las personas de la casa no sirven para nada, y están todas que parece que no saben lo que les pasa. Doña Casta hace un mérito de su actitud resuelta, en medio de la fundada afliccion de la familia, y sin embargo, no sé qué mérito tenga ver tranquilamente el cadáver de una persona, que no le importa maldita la cosa que haya huido de este á otro mundo mejor.

Por supuesto que si se hubiera hecho lo que ella

decia, la enferma no hubiera muerto ni mucho ménos, y si á ella la hubieran llamado con tiempo, no se le habrian puesto los sinapismos, ni se habria ido sin ponerse en el pecho un pliego de papel de estraza, que hubiera servido ántes para envolver garbanzos, remedio que está probado que es el único para las éticas, como que el año 30 se lo aplicaron á una vecina que ella tuvo, y como *mano de santo*. En fin, en opinion de doña Casta, la enferma no tenia motivo ninguno para morirse, cuando parecia que habia mujer para tanto tiempo, porque, lo que ella dice, nunca se la habia oido quejar de un mal dolor de cabeza, y dos años ántes habia empezado á ponerse tan gorda, que daba gloria verla.

Por supuesto que luego, cuando le cuenta á la portera ó á otra persona la buena obra que acaba de hacer en la casa mortuoria, encarece su penetracion, y el buen ojo que tiene para conocer si un enfermo se muere ó nó, añadiendo que ella no habia querido decir nada á la familia, pero que el primer dia, en cuanto vió á la paciente sacar frecuentemente los brazos de entre las sábanas y coger la ropa, y mirarse los dedos, conoció que no tenia remedio.

Extiéndese despues en consideraciones más ó menos calumniosas sobre la ruindad de la familia, que no la ha dado ni un mal *guiñapo*, despues de haberla tenido allí tres noches sin desnudarse siquiera, porque la difunta no queria que nadie le diera las medicinas mas que ella, porque, eso sí, Dios la haya perdonado, la difunta era lo mejor de la familia, y á la pobrecita la habian muerto á pesadumbres, que no es para dicho lo

que aquella santa sufría con su marido por un lado, que es un tronera sin temor de Dios, siempre metido en política, y por otro, con su hija, que no ha salido á la madre, porque ¡válgame Dios! no se ha visto muchacha más *desollada*, pensando siempre en andar maja, y trayendo siete ú ocho novios al *retortero*, con la cuñada, que aquella no es mujer, que es un toro, con un génio que ¡ya, ya! y luego, como está protegida por su hermano, y siempre ella tiene razon... y por último, con las criadas, que no es para contado lo que le han hecho rabiar esas bribonas. Así tenía la sangre, que el día ántes de morir le hicieron una sangría, y parecía *hígado* por lo negra y lo espesa.

Por supuesto que Doña Casta no falta á la casa mortuoria durante el novenario, y ella es la que lleva la palabra, refiriendo todo lo que sabe y todo lo que inventa, no olvidando repetir que no somos nada, que todos tenemos que pasar por lo mismo, y que el más bravío se queda tamañito en la hora de la muerte, y que la juventud del día está perdida, y que lo mismo mueren los viejos quo los jóvenes, y que, es tontería, contra la muerte no hay remedio, y otras verdades de igual calibre.

Doña Casta sabe siempre en qué iglesia están las Cuarenta Horas, y cuántos indulgencias gana quien asista á tal ó cuál novena, y conoce á todos los predicadores, y los sermones que más le gustan son los dirigidos á condenar el excesivo lujo, y la desenvoltura de las jóvenes del día, y á encarecer la fragilidad de las cosas humanas, y la seguridad con que todos vivimos de morir en el mejor día del año.

Nunca falta á la iglesia donde hay salve, ó vísperas, ó rosario, ó procesion, y allí se reúne con otras devotas como ella, señoras todas de circunstancias, que la que ménos es prestamista sobre alhajas y ropas en buen uso, profesion no muy cristiana por cierto.

En política, como en todo, la santurrona es absolutista furiosa; y es claro, á ella, como dice ella misma, *no la han criado* en estos belenes de ahora, ni en su tiempo habia mas que una voz, y cartuchera en el cañon.

Y ya saben VV. si hubo ó nó *belenes* en la época del absolutismo, que con tanta fruicion recuerda mi señora doña Casta.

La santurrona echa mucho de ménos la larga hilera de religiosos que acompañaba *in illo tempore* la procesion del Corpus, y la de los Pasos el Viernes Santo, y con profundo dolor ve convertidos en casas como todas muchos conventos de frailes. Para doña Casta, estos y otros cambios conducen á la completa disolucion, á la perdicion completa del género humano. Lo que más indigna á la buena señora, es oír hablar de Constituciones: la Constitucion, en su concepto, no puede constituir nunca la ventura de los españoles, y en apoyo de esta opinion, cita los hechos más notorios ocurridos tambien *in illo tempore*, cuando el liberalismo reemplazaba, aunque momentáneamente, al absolutismo. Doña Casta, en fin, solo halla bueno y beneficioso aquello en que *la han criado*; es doña Casta un enemigo que tienen todos los Gobiernos representativos, pero enemigo que habla y á quien nadie hace caso.

Tambien hay madres de familia santurronas, que abandonan su casa y sus hijos por ir á oír un sermón, ó á rezar el rosario, y que luego, en el hogar doméstico, en vez de la mansedumbre que el cura aconseja, tienen para el pobre marido y para cuantas personas las rodean, una irascibilidad, inspirada por Lucifer, capaz de acabar con la paciencia de un santo.—Estas señoras son más dignas de censura que doña Casta, porque al fin, la que es sola en el mundo, y no tiene padre ni madre, aunque tenga perro que le ladre, y á nadie mas que á sí misma debe dar cuenta de sus acciones, está por ende autorizada á emplear su tiempo como mejor le parezca; pero la que es madre y esposa tiene un deber que cumplir, que tal vez es mucho más meritorio á los ojos de Dios que la costumbre de no perder función de iglesia y de andar de aquí para allí, cumpliendo las obligaciones que se impuso al hacerse *hermana* de una vírgen, *é hija* de otra, y *madre* de tal ó cuál cosa, obligaciones que si no consisten en hacer obras de caridad que reporten algun beneficio á sus semejantes, son ménos atendibles que la de cuidar la hacienda del esposo y la educacion de los hijos.

Hay otras señoras particulares, que despues de haberse divertido mucho en el mundo, como dicen ellas mismas, y haber dado no poco asunto á la murmuracion, sin cuidarse gran cosa del *¿qué dirán?* se vuelven á Dios, cuando el demonio les ha vuelto la espalda, y hacen alarde de una piedad y una devocion que tiene mucho de hipocresía y fingimiento. No es raro encontrar entre estas santurronas algunas que, introducidas en una familia pobre, buena y virtuosa, hacen más

daño que una granizada en las frutas, que el buen cultivo, el sol y el aire puro han madurado. Estas santurronas hablan mucho de su temor de Dios, pero por sus hechos dan claramente á entender que, si es cierto que temen las iras de Dios, no lo es ménos que no temen las iras de los hombres. Capaces de levantar un falso testimonio á la más santa, estas mujeres son enemigas irreconciliables de todas las demás, y tienen una facilidad prodigiosa para murmurar del lucero del alba, ocultando la mala voluntad y la inquina que las induce, bajo la apariencia de una caridad y un amor al prójimo que no pueden abrigarse en su corazon vi-ciado.

Hay muchas prestamistas sobre ropas y alhajas en buen uso, que son santurronas.

Si VV. no saben qué virtudes practican las que tienen ese modo de vivir, yo se lo diré para que lo sepan, y cuando lo sepan, se convencerán de que su decantada devocion es la más repugnante de las falsedades, la de la hipocresía.

XI.

La patrona.

No vengo á hablaros, carísimos lectores, de las santas patronas, cuya especial proteccion invocan los hombres y los pueblos cristianos, ricos en santas tradiciones, que desde la infancia se graban de una manera indeleble en nuestra memoria.

El asunto del presente cuadro es profano por demás, tan profano, que la patrona á quien me refiero es la patrona de huéspedes, una flaca mujer, flaca bajo todos conceptos.—(No hay término medio: la patrona de huéspedes, ó es muy flaca, ó muy gruesa.)

La patrona de huéspedes suele ser una solterona desengañada, pero generalmente es una señora viuda más ó ménos bien parecida, pero parecida siempre á otra señora viuda, patrona de huéspedes.

Su marido difunto, fué, como todos, lo que pudo, durante su breve travesía por esta exposicion universal que se llama mundo; pero la patrona es siempre

viuda de un intendente, de un caballerizo, de un alabardero, de un oidor, de un coronel, de un comisario de guerra, de un empleado en loterías á quien nunca le cayó la idem, ó por lo ménos, de un dependiente del resguardo.

Miéntas vivió su marido, ni una princesa podia compararse con ella, y cuando aquel cerró el ojo, convenciósela la pobre señora de lo mucho que valen en una casa unos pantalones, y aquello de llegar el último dia del mes y venir el marido con la paga, y entregársela, reservándose únicamente unos cuartos para cigarros y para cualquiera cosa imprevista que le ocurriera, pues un hombre sin dinero es un difunto andando, y entre amigos siempre es preciso hacer lo que los demás y no quedar feo, porque, como dice el refran, hoy por tí y mañana por mí, y tanto tienes tanto vales, y bueno es tener amigos, aunque sea en el infierno.

La pobre viuda no heredó nada del difunto más que un rincon de casa, amueblado decentemente, eso sí, y en la que, gracias á Dios, no faltaba nada, porque su marido, Dios le bendiga, no tenia el pobrecito más afan que la casa, y hoy una cosa y mañana otra, se fué comprando todo lo necesario, y eso que las criadas, que son unos torbellinos, le habian roto ó estropeado muchas cosas y perdido otras, *descabalándole*, por ejemplo, el juego de café, é inutilizándole un be-lon muy bueno, no como esos de ahora, que son una engañifa, sino de los antiguos, tan antiguo, que alumbró en el himeneo de la abuela de doña Rosa (llamaremos doña Rosa á la patrona), que estuvo casada con

un alcalde de casa y corte (¿no le han conocido ustedes?... ¡Pues poquito nombrado que fué en Madrid!...) y también el de su madre, que era lo que se llama una real moza, que en su tiempo hizo raya en la corte y pudo casarse con quien hubiera querido, pues la pretendieron los caballeros de más viso de su época, entre ellos un veinticuatro, y un jefe del ramillete de palacio, con más pesetas.... que tenía un hermano canónigo en Valladolid y otro montero de Espinosa, casado con una sobrina de un dean que había sido carmelita descalzo y predicaba siempre en la novena de los Dolores en San Bernardo, que era lo que había que oír;—y fué á casarse con un militar, eso sí, arrogante figura, pero siempre metido en clubs y conspiraciones, y en todas las bolinas que había en Madrid, con lo que ya pueden VV. figurarse lo que pasaría la venerable señora con un marido que cuando no estaba preso le andaban buscando.

Pues señor, mi señora doña Rosa, lo primero que pensó, al verse viuda, fué vender los cuatro trastos que tenía, y reducirse á un cuartito más barato en compañía de otra señora sola, para ayuda de pagar la casa, que era lo que más le apuraba, porque para lo demás, gracias á Dios, no era mujer tan *desmanotada* que no pudiera ganarse una peseta, ocupándose en bordar en blanco, para lo que tenía unas manos primorosas, ó en hacer guantes, como le había enseñado su madre que esté en gloria, porque como con su padre no se podía contar para nada, y en lugar de traer á la casa, lo que hacía era llevarse lo poco que había, en muchas ocasiones tuvieron necesidad

madre é hija de arrimar el hombro al trabajo, para no andar, como quien dice, con un trapo detrás y otro delante.

Pero todos los amigos de su marido y todos los parientes á quienes consultó su resolucion se la quitaron de la cabeza, diciéndole que no hiciera semejante locura, que sabe Dios si la señora con quien viviera sabria llevarla el genio, y ella llevárselo á la señora, y que las medias son buenas para las piernas, y que más le valia tomar un par de huéspedes y conservar su casita, que poner una casa cuesta mucho, y luego si se va á vender, por todo le ofrecen á uno una friolera, que se gasta despues en un momento, y ni luce ni parece; que no fuera tonta, que se anunciase en el *Diario*, que no le faltaria algun magistrado, ó algun canónigo, que tuvieran buena paga, y sobre todo, gente tranquila que se retiraria temprano y no le daria otra incomodidad sino la de sufrir con paciencia alguna rareza, pues todo el mundo las tiene, y al fin y la cabo no hay atajo sin trabajo, y todos tenemos que depender unos de otros, y por último, que lo que debia hacer era tomar una chica que hiciera los recados, por si los huéspedes tenian que enviar una carta, ó mandar á comprar cigarros ó medicinas, ó habia que llevarles un dia el almuerzo, ó cualquiera de esas cosas que ocurren á cada momento, y siempre cuando se encuentra una sola, atada, sin poder apartarse de la cocina, y sin saber dónde acudir.

Convencida doña Rosa de la oportunidad y conveniencia de estas observaciones, por aquello de que más ven cuatro ojos que dos, y por probar nada se pierde,

hizo publicar en el *Diario de Avisos* el siguiente anuncio: *Se desean dos caballeros solos, estables, á quienes ceder una sala y un gabinete con alcoba, con sol de mediodia, en uno de los puntos más céntricos de Madrid, con asistencia ó sin ella, advirtiendo que nunca ha sido casa de huéspedes.*

Y doña Rosa entró en el gremio de las patronas, verdad de que la convenció prácticamente el cobrador de la contribucion, que desde el dia en que apareció el anuncio se la cobra con una puntualidad que sería muy recomendable en otro caso que no fuera el triste caso de pagar.

Doña Rosa ha pasado el *sino*, como ella dice, con los huéspedes, porque para uno bueno que le sale, le salen diez con los que ella sale con las manos en la cabeza.

Y es que estimulada por el producto que le dejaban los dos primeros, admitió luego otros, y otros luego, hasta que reunió en su casa diez ó doce, que tienen que estar unos encima de otros como sardinas en banasta.

Pero oigamos á doña Rosa.

«Mire V., me decia dias pasados, si no fuera porque ya estoy acostumbrada, y porque tengo ley á D. Benito, el huésped del gabinete, le digo á V. con verdad, que los despedia á todos y me quitaba de ese *tragin*. Yo no paro en todo el dia, no tengo tiempo ni para asomar la cabeza por el balcon; ¡quíá! ni para repasar la ropa, que tengo allí hace tres semanas un talego que da miedo. Por la mañana, apenas me levanto, me llevo á la chica y vamos á la plaza; ya

no sé qué comprar, porque como los huéspedes quieren variar todos los días, y todo está tan caro, me veo negra para darles gusto. Y sí, sí, acérquese V. á los puestos; la merluza á 8 reales, el salmon á 12, y á este tenor lo demás; y luego compro dos libras, y cuando lo saco á la mesa, parece que no hay nada. Pues ¿y las verduras?... A D. Juan le gusta el repollo, á D. Benito la coliflor, á D. Pepito los brécoles, y no sé cuál llevar, porque si contento á uno, los otros se quejan, y esta es una *gaita* que no se sabe cómo temprarla.—Regularmente saco dos duros; pues cuando vuelvo á casa, suelo traer diez ó doce cuartos; se va el dinero en aquella plaza, como agua.

»Pues entre V. ahora con los almuerzos; uno se levanta á las ocho, y apenas sale de la cama, ya quiere tenerlo todo á punto; otro á las diez, otro á las doce, otro á la una, de manera que en mi casa siempre está la mesa puesta.

»Y á todo esto, el uno por un lado: «¡Doña Rosa, agua para afeitarme!» otro: «¡Doña Rosa, pégueme V. este boton!» otro: «¡Doña Rosa, cósame V. este guante!» otro: «¡Doña Rosa, póngame V. la corbata!» otro: «¡Doña Rosa, sáqueme V. la raya!» que yo no he visto hombres más inútiles.... Y luego hablan de las mujeres, que á media vuelta que den, ya están peinadas y vestidas, y todo se lo hacen ellas, y no incomodan á nadie.... Le digo á V. que era preciso que yo me volviera diez para atenderlos á todos; y luego parece que se dan de ojo para llamar todos á un tiempo, y cuando una tiene más que hacer.

»Con las comidas sucede lo mismo: cada uno come

á su hora, y así, apartando á unos y á otros, la comida no luce, y yo y la chica nos estamos sin comer hasta las tantas, y cuando me siento no sé dónde tengo los piés.

»¿Y por la noche?... yo no sé cómo la chica tiene piés para bajar á abrir. Algunas veces se duerme,—y es claro, la pobre no para en todo el día,—y me los tiene á la puerta media hora; yo les digo que vengan temprano, pero sí, sí, el único que viene á una hora regular es D. Benito, el del gabinete; los demás, desde la una en adelante.

»Y mire V., todo esto se podría sufrir, si los huéspedes me dejaran alguna utilidad; pero si necesito Dios y ayuda para que me paguen; si tiemblo cuando llega el fin de mes, porque, como son jóvenes, parece que tienen un agujero en la mano, por donde se les va el dinero, y tengo que andar muy lista para que no me la peguen... porque, lo que yo les digo, más fácil es pagar ahora uno que mañana dos, y en pagando á la patrona, ya están VV. descansados todo el mes... Ayer despedí á uno que con que hoy, con que mañana, con que la semana que viene, se me ha ido con tres meses sin darme un cuarto.... Eso sí, me agarré al equipaje, y no permití que se lo llevara; pero, ¿querrá V. creer que hoy he ido á abrir el cofre, y...—¡Calle V! si se me ha caído el alma á los piés,—en el cofre no había mas que dos pares de calcetines rotos, unas zapatillas, un camisolin, dos librotes que allí están, ni los he abierto siquiera, y unas cartas de una novia que dice que tiene qué sé yo dónde!...

»Pues de estos chascos me han sucedido muchos:

Otro me quedó á deber cinco meses, todo el tiempo que estuvo cesante; luego le colocaron, y... ¡tú que le viste!... Ni ha vuelto á darme siquiera un duro cada semana, ni me saluda cuando le encuentro en la calle. El otro dia le ví que venía muy derretido con dos señoras con mucha capota y mucho vestido de *moaré*, y él me vió tambien, pero se hizo el distraido... Otra le hubiera avergonzado delante de ellas, pero como Dios me ha dado este maldito génio tan para poco, no me atreví...

»Pues tambien me sucedió otro chasco, que... ¡vaya! si le digo á V. que hay una gente en Madrid, que no puede una fiarse ni de la camisa que lleva puesta... Figúrese V. que un dia se me presentó una señora jóven y no desgraciada, con un caballero muy bien portado, que... ¡vaya! parecia que no habia roto un plato en toda su vida. Yo nunca he querido tener huéspedes,—porque mejor quiero pelear con veinte hombres que con una mujer,—pero aquella me pareció tan buena, tan amable, que la admití; el caballero me pagó un mes adelantado, y la señora se quedó en mi casa, con gran contento de los demás huéspedes, que... ya sabe V. lo que son los jóvenes... El caballero que la habia acompañado venía á verla todos los dias, y la sacaba á paseo, y ella me dijo que era su hermano, lo que creí sin dificultad. Pero sí, sí, buen hermano te dé Dios.

»Un dia llegó en el momento en que la señora estaba cosiendo un guante de un teniente de caballería que estaba de huésped en casa, y que era más *indino*... y como el otro ya sospechaba algo, porque varias ve-

ces habia encontrado al teniente de visita en la habitacion de la señora, se puso hecho una fiera, cogió el guante, se lo tiró á la cara al teniente, y se armó un escándalo, que tuvieron que subir los veteranos, y por poco vamos todos á la cárcel. La señora se desmayó tres veces, y el caballero no volvió á parecer; así pasó otro mes, que yo no cobré por supuesto... Un dia salí, no sé á qué cosa, y me lo encontré de manos á boca, que venía con otros dos ó tres.—«Caballero, le dije, su hermana de V. está inconsolable desde que V. no va por allí.»—Y si viera V... él y sus amigos me contestaron con una carcajada y diciendo: «Hermana!... ¿éh?... de Adan!» Cuando volví á casa, el pájaro habia volado; aquella señora no me dejó ni siquiera un par de medias, como el que despedí ayer.»

Esto basta para que conozcan VV. á la patrona de huéspedes; aquellos de mis lectores que conozcan esas casas, podrán decir si doña Rosa no es el verdadero patron por el que están cortadas las patronas de huéspedes.

La patrona de huéspedes se llama invariablemente doña Rosa, doña Manuela, doña Celestina, doña Catalina, doña Paca, doña Dolores ó doña Marciana, y no hay patroua que entre sus huéspedes no tenga uno preferido, uno con quien consulta acerca de los demás, y le lleva las cuentas, y le debe impunemente alguno que otro mes; y en algunos casos, cuando la patrona no es costal de paja, y es opinion general que no le faltan en la Caja de ahorros ó prestados á ganancias algunos miles de reales, siempre hay algun huésped que quiera alzarse con el santo y la limosna; y si no

tiene otro oficio ni beneficio, toma el oficio de patron, y adquiere el beneficio de hallar casa puesta y dinero junto, allí donde llegó tal vez con un equipaje parecido al del huésped despedido por doña Rosa.

Entónces tambien, en la mayor parte de los casos, la casa dirigida por un hombre empieza por perder los huéspedes antiguos y no agradar mucho á los modernos.

Hay algunas patronas que, establecidas en buenas y lujosas habitaciones, y recibiendo solamente personas de cierta clase, á quienes pueden pedir un ojo de la cara, no dejan de hacer negocio; pero en general, las patronas de huéspedes que tienen en sus casas estudiantes ó empleados con corto sueldo, ó militares de corta graduacion, ó viudas beneméritas, ganan bien poco, ganan para sostenerse trabajosamente.

XII.

El solteron.

El hombre que á los cuarenta años no ha entrado aun en el gremio de los casados, se halla en estado de merecer el nombre de solteron.

Si yo gobernara el mundo, mandaria publicar todos los años los nombres y apellidos de todos los solterones, ni más ni ménos que si fueran reos de hurto, homicidio ó estafa, emplazados por los tribunales.

Una mujer puede ser solterona, á pesar suyo, sin que ella haya dejado de hacer todo lo posible por no serlo; pero el hombre solteron lo es, porque así se le antoja, como si dijéramos, con premeditacion y otras varias circunstancias agravantes, que le hacen más criminal de lo que parece.

El solteron, ó es un hombre que no tiene ley á la camisa que lleva puesta, ó un avaro atento solo á su dinero, ó un vicioso en quien tan arraigado está el vicio, que teme que la familia venga á detenerle en su carrera de locuras y desenfreno. Es decir, que el solte-

ron es precisamente un hombre que podrá ser bueno, pero que lo disimula mucho.

Siempre ha sido tenido en poco el hombre célibe; Licurgo, el más recto y sábio de los legisladores de Grecia, consideraba infames é indignos de los demás á los hombres célibes; Platon decia que un hombre que á los treinta y seis años no habia elegido aun una mujer por esposa y compañera, era un mal ciudadano, y debia ser excluido de los cargos públicos; los censores, fieles conservadores de la virtud y las buenas costumbres, no permitian en Roma que los célibes pudieran servir de testigos, ni que hicieran testamento; en aquellos tiempos era un impío el hombre que dejaba el mundo sin dejar herederos de su nombre, y la religion amenazaba á los célibes con horribles tormentos en el otro mundo.— Montesquieu opina, que cuando ménos casamientos se hacen, ménos fidelidad hay en el matrimonio, así como cuando aumenta el número de los ladrones aumenta tambien el de los robos.

Me parece que estas razones convencerán á VV. de que es justo, justísimo, el anatema que lanzo contra los solterones que por ahí andan, sin dárselos un ardite de tantas muchachas como hay en el mundo, dispuestas á hacer la felicidad de los hombres.

Adan perdió por Eva el Paraiso, es verdad; pero si Eva no hubiese nacido, Adan hubiera acabado por perder la paciencia, convencido de que le faltaba algo, y casi me aventuro á creer que por muy bien empleada dió la costilla que perdió, con tal de encontrársela convertida en una mujer como Eva, que mejorando lo presente, y á pesar de no usar capota, ni *fichú*, ni ena-

guas, ni todas esas preciosidades que el buen gusto y la moda han inventado despues, debió ser una hembra capaz de hacer caer de su asno al solteron más recalitrante.

El hombre que vive aislado en su casa, que no ve mas que las cuatro paredes de su habitacion y el semblante estúpido de un criado, ó la cara de pascua de una dueña quintañona, que no tiene una mujer que adivine sus pensamientos, ni un hijo que le acaricie, no puede ser feliz, aunque lo mande la bula. Si tiene una satisfaccion, una alegría, no tiene quien la celebre, quien la haga suya, quien le desee muchas mas; si tiene un pesar, no halla quien le consuele, y en la soledad su pena es mucho mayor y mucho más duradera; si cae enfermo, no tiene quien le auxilie, quien vele mientras el descansa, quien sufra sus impertinencias, y se ve obligado á comprar los cuidados de personas extrañas, á quienes más que su salud interesa su enfermedad, puesto que cuanto más dure ésta, mayor será la recompensa que alcancen despues; y por último, si muere, no tiene quien le herede, ni quien se honre con su nombre, ni quien entre alguna vez en el cementerio á rezar un Padre nuestro por su alma.

El solteron es siempre avaro, ó egoista, ó excéptico.

El solteron avaro es el más infeliz de los mortales; nadie le tiene amor, á nadie interesa su fortuna ni su salud; y como á quien no tiene hijos el diablo le da sobrinos, nunca le faltan dos ó tres de éstos, que desean su muerte, y que le espian atentos para lanzarse sobre sus bienes apénas cierre el ojo.

Este pobre solteron sale del mundo sin dejar memoria alguna: los mismos que le heredan, se olvidan del origen de las riquezas que adquieren.

El solteron egoista lo es porque no ha hallado en su camino una mujer que, contando con algunos miles de duros, le quiera por esposo.

Y no ha sido porque no la ha buscado; pero ya porque sus prendas físicas y morales no son para cautivar á nadie, ya porque su intencion fué conocida, y se le ha considerado siempre un *bon vivant* sin asomo de pudor, y sin ninguna de las nobles cualidades de que Dios hizo susceptible al hombre, el caso ha sido que han pasado por él años y años, sin que haya podido lograr vencer el soberano desden con que le han recibido todas las mujeres ricas á quienes se ha dirigido.

Este solteron viene recibiendo desaires desde treinta años; y recibe tantos, que al llegar á los sesenta, ódia cordialmente á todo el mundo, y se hace un viejo verde insufrible, enemigo de toda virtud, y que acaba por casarse con la criada de su casa, quien pasa con él las penas del purgatorio, y le aborrece con toda su alma ántes de terminar la breve luna de miel de que, segun autorizados pareceres, gozan todos los casados.

La triste se considera feliz el dia en que á su marido se lo lleva el mismo demonio y ella vuelve á su primitiva condicion, porque como el solteron egoista es pobre, y en brebajes y jaropes ha gastado durante su enfermedad todo lo que habia en la casa, no le ha quedado á la viuda mas que treinta dias cada mes, y las calles libres para pasearse, con lo cual ya puede

buscarse la vida de la manera que mejor le cuadre, si no halla un hombre que se enamore de ella tan gravemente que se decida á llevarla á la iglesia muy sério.

El solteron excéptico es el más repugnante de todos: en su juventud ha sido un malvado, incapaz de todo sentimiento noble y generoso, perseguidor de toda mujer y enemigo de la bendecida paz de la familia.

El mundo le suele llamar *hombre de mundo*; yo le llamaré más propiamente un *miserable*.

Parodia de D. Juan Tenorio, el solteron excéptico ha cifrado toda su gloria en el número de las mujeres víctimas de su perversidad: verdad es que el mundo ha celebrado sus vergonzosos triunfos, y le ha hecho creer que él es un hombre superior á todos los hombres; así el mundo se hace cómplice del escándalo y la maldad.

¡Oh! si yo gobernara el mundo, no sucedería esto: todas estas *esprit forts* que no reconocen otra ley que su capricho, y que tienen el escándalo por sistema, y que se ufanan con una impunidad más escandalosa que sus mismos hechos, serian condenados á vivir lejos de la sociedad, y á ganar el negro pan de los presidiarios con el sudor de su frente.

Ellos no creen en la virtud: ellos, que la han perseguido de muerte, dudan de todas las mujeres, y no encuentran una que sea digna de llevar su nombre.— ¡Soberbio nombre por cierto!— ¡Como si no hubiera en el mundo nombres que aparecen muy considerados y son indignos de toda consideracion!—Comprendería

que no hallaran mujer alguna que quisiera su nombre, pero no comprendo que ellos hagan favor alguno á la mujer que lo acepte.

El solteron excéptico, como es vicioso por extremo, dedícase á robar la honra de los demás; él introduce la discordia en los matrimonios; él se afana en apartar de sus deberes á la jóven casta, legítima esperanza de ancianos padres; para él no son dignas de respeto las canas, ni la virtud, ni el derecho.

Con su capricho por ley y el vicio por sistema, procura hacer al prójimo todo el daño que puede; no parece sino que la sociedad le ha inferido graves ofensas, segun la tenacidad y la inquina con que él ofende á la sociedad en lo más digno de respeto, en lo más sagrado.

¡Pobre madre la que tiene por hijo un hombre de tan mezquinos sentimientos!—El hombre que no respeta á las mujeres, que hace la guerra á honrados esposos, que no vacila en llenar de luto para siempre el corazón de una madre, haciendo á la hija víctima de su liviandad, ¡cómo ha de respetar á su madre! ¡Oh! no es posible; el hombre que ama á su madre, no puede ser enemigo de los demás, no puede querer para una madre, que ningun daño le ha hecho, la horrible tribulacion de que vea perdida y sin honra á una hija de sus entrañas.

El solteron excéptico llega al término de la vida, al momento en que la palabra de un sacerdote le habla de la existencia de Dios y del premio que su misericordia reserva á la virtud, y del castigo que su justicia impone al vicio, y entónces, demasiado tarde, com-

prende su error, y tal vez pide con cobarde ansiedad más vida para arrepentirse, cuando ya la inexorable mano de la Providencia ha marcado el fin de aquella existencia consagrada al mal.—Y muere abandonado, sin familia, sin más consuelo que la caridad de un ministro de Dios y el fingido interés de algunos de los que se han llamado sus amigos, á quienes importa muy poco que viva ó muera, y quienes tal vez grabarán despues en la losa de su sepulcro la escandalosa mentira de que aquel hombre fué bueno y honrado.... Y quizás alguna madre abandonada, al ver en la mansion de la verdad aquel horrible sarcasmo, abrazando á un hijo sin nombre, exclamará:—«¡Mira, hijo mio!... dicen que fué bueno y honrado, y tú no tienes nombre ni yo tengo honra!»

Pero me he formalizado más de lo que pensaba, y el lector se creará engañado, porque al leer el epígrafe de este cuadro de mi galería, habrá sospechado que iba á reirse de lo lindo.—¡Cómo ha de ser! sin querer estoy escribiendo en sério; procuraré enmendarme.

Tengo, pues, el gusto de presentar á VV. otro solteron, el solteron *buen mozo*.

A mí me gusta mucho ver una buena moza, pero me gusta mucho más ver un *buen mozo*, porque me divierte.

El solteron buen mozo, es regularmente un hombre que, consagrado completamente á la admiracion de sí mismo, no ha tenido tiempo de cultivar su inteligencia; esto quiere decir, en más claros y vulgares términos, que el buen mozo, con honrosas excepciones, suele ser un animal.

Generalmente, la suerte le suele ser propicia, mu-

cho más propicia que al pobrete que pasa sus mejores años quemándose las cejas para aprender algo de que pueda sacar en su día el miserable dinero con que se compran los garbanzos, y se da educacion á los hijos, y se satisfacen los caprichos de la mujer en su estado normal, y los antojos de la misma en su estado interesante.

El solteron *buen mozo* es inofensivo; todo su afan consiste en que le vean, y en merecer la amistad de las mujeres más bonitas y á la moda, las cuales se divierten grandemente con él, que todo lo convierte en sustancia, y se hace la ilusion de inspirar amor á todas ellas.

El solteron *buen mozo* viste siempre ajustado á los últimos decretos de la moda, y es muy considerado por los sastres que le sirven, y le hacen pagar á peso de oro las prendas que le confeccionan, seguros de que consideraria una grave ofensa que á él se le vistiera por el mismo precio que al vulgo de los hombres, que se visten porque no pueden andar desnudos: tambien merece las simpatías de los perfumistas, que le suministran infinidad de esencias, sales, colores y pomadas maravillosas.

El se pasa cada dia en el tocador tres ó cuatro horas, que todo este tiempo necesita para revocarse el rostro, pintarse las cejas, ponerse tieso el bigote y teñirse alguna que otra cana imprudente, que viene á advertirle de la fragilidad de las cosas humanas y de lo deleznable y perecedero de la hermosura, y despues de contemplar su imágen en el espejo, mueble indispensable de todo *buen mozo*, se presenta en la calle

hecho un brazo de mar, y como quien dice: «¡Aquí estoy yo!»

Pasa cerca de él una mujer hermosa que le mira, porque, ¿cómo no ha de mirar á un buen mozo, que parece un rey de baraja fina?—y él da media vuelta, y allá va detrás de la individua, hasta que ésta llega á su casa, y él se queda en la calle, esperando el santo advenimiento, ó más claro, que la bella se asome al balcon, con lo cual cree el infeliz que ha quedado prendada de su figura, y se decide á aumentar aquella al número de sus amorosas empresas. Lo probable es que la buena señora se asoma al balcon para ver otra vez á un hombre tan pulido y empergilado, y lamentar despues que al tal no se le conserve entre cristales entre los curiosos fenómenos del museo de Historia natural.

El solteron buen mozo no vive mas que por las mujeres y para las mujeres; lo malo es que las mujeres no suelen vivir para él.

Nunca faltan tontos que le tienen por oráculo, y creen de buena fé que es un conquistador de *primo cartello*, y que las mujeres más famosas en los salones, las más invulnerables, se han rendido á sus encantos. El, por su parte, pone todo su conato en que así parezca, y agradece más un saludo ó una sonrisa en público de una mujer hermosa, que si le cayera el premio grande de la lotería.

Ya ve el lector con qué poco queda satisfecho el solteron buen mozo.

En el teatro entra siempre cuando está levantado el telon, y goza inefable satisfaccion cuando advierte que

desde los palcos le asestan los gemelos las damas más encopetadas de la córte, y sale ántes de terminar la función, con objeto de que todas le vean á la salida, y de que le saluden la Fulanita y la Zutanita. Por supuesto, que en los entreactos se manifiesta en todos los palcos, permaneciendo de pié para que no se le arruque el pantalon, y para que el público pueda gozar, viéndole, de otro espectáculo no anunciado en el programa.

Y así pasa el tiempo, y cuando su hermosura comienza á decaer, y las pomadas y los cosméticos comienzan á ser inútiles para él, el solteron buen mozo, ó se muere de hermoso, enfermo con la idea de que su belleza le abandona, ó se casa con una vieja rica, que las viejas son generalmente las que se pagan de tales hombres, convencidas de que los demás, los hombres formales, no dan un cuarto por ellas.

Antes de terminar, quiero aconsejar al lector que haga lo posible por no pertenecer á ninguna de las especies que acabo de describir, porque en la soledad se embota la inteligencia, se adquieren malos instintos, se vive, en fin, una vida de desencantos y descreimiento.

XIII.

El novio.

Yo no soy erudito, ni bibliófilo, ni académico, pero he descubierto la etimología de la palabra *novio*, y no hay razón para que me reserve el descubrimiento.

La palabra *novio* se compone de otras dos, el adverbio *no* y el pretérito del verbo *ver*, *vió*; y como *no ver* es lo mismo que estar ciego, *no vió* quiere decir *estuvo ciego, se quedó á oscuras*.

Me parece que la explicación no puede ser más sencilla. Se me objetará tal vez, como dicen en sus notas los diplomáticos, que la palabra *novio* es breve; seguramente, pero no por eso puede dudarse de la verdad de mi etimología. Lo que hay es que, con el laudable objeto de no herir la susceptibilidad de los hombres, se ha hecho una de las dos palabras, abreviándola además, á mayor abundamiento.

¿Están VV. convencidos? Pues sigo adelante.

Todos los hombres pueden ser novios; este es un derecho que, aunque no está consignado en ninguna Constitucion, adquiere todo ciudadano en cuanto se lo pide el alma; y digo el alma, porque desde Ovidio acá, el alma es la parte interesada cuando el niño ciego se empeña en hacer á los hombres tan niños y tan ciegos como él.

No hay duda que la mujer, cuarta virtud teologal y octavo pecado mortal, tiene que pasar por duras pruebas, tiene que arrostrar grandes peligros en su fugaz existencia; pero ¿qué valen esos peligros y esas pruebas si se comparan con lo que el hombre se resigna á sufrir desde el momento en que se declara *novio* de solemnidad?

He aquí las situaciones de prueba en que se halla generalmente toda mujer: cuando se viste de *largo*; cuando oye por primera vez que la dicen: ¡*Es V. encantadora!* ¡*Tu amor ó la muerte!* ¡*Huyamos!*... ¡*El porvenir es nuestro!*.... cuando da la primera cita y escribe la primera carta; cuando el papá la descubre en el momento de sacar la mano por el ventanillo, y decir: ¡*Yo te amo, vida mia!* á un zángano más feo que un ¡*voto va!* cuando se casa; cuando da á luz un hijo; cuando se enamora de otro; cuando enviuda; cuando echa el primer diente fuera de la boca, y cuando se muere.

Pero repito que nada de esto es comparable con lo que le está reservado al hombre, que, siguiendo el uso y no escarmentando en cabeza ajena, á pesar de que desde Adán, que fué el primer hombre y el primer escarmentado, se han reproducido los escarmien-

tos en todas las épocas y en casi todos los hombres, se enamora de una mujer,—y ya se comprende que no ha de ir á enamorarse de otro hombre,—y pone todo su conato en cautivar el corazón, la voluntad, el alma y el cuerpo de la agraciada.

No enumeraré los preliminares que, como la guerra y la paz, exige el amor para declararse entre un hombre y una mujer que no se han conocido nunca, que se han visto por primera vez, y al verse han exclamado á una, como Arquímedes: ¡Eureka! ó ¡Me gusta! ¡Me conviene! ¡Qué hermosa! ¡Qué guapo! ¡Qué simpática! ¡Qué buen mozo! ¡Ah! ¡Oh!etc., etc.

Observaré al novio desde el día en que descubre en qué lugar está situada la ermita de la santa de su devoción, el templo de su ídolo, es decir, la calle, el número de la casa y el cuarto donde vive la señora de sus pensamientos.

Ved al novio plantado en la esquina, mirando fijamente á un balcon, vedle pasear la acera, y pararse despues, y luego volver á pasear; vedle entrar en el portal de la casa de enfrente y permanecer allí unos minutos, y salir despues y meterse en otro, y salir tambien y entrar en el de la casa de su ventura; vedle cómo se impacienta, cómo se hace el distraido y el transeunte cuando ve salir al balcon ó á la calle al padre, al hermano ó al tío de *su alma*; vedle, en fin, cómo se anima, cómo tiembla, cómo mira, cómo no vé, cómo tropieza, como gesticula, cómo se emboba cuando aparece en el balcon *su felicidad, su ilusion, su luz, su vida.*

Entónces ya es otra cosa: el galan procura guardar-

se en lo posible de las miradas profanas y de la curiosidad del vecindario, y se coloca en el dintel de un portal, desde donde contempla á su placer á la dueña de su corazon, que no cabe en sí de hueca, sin contar el miriñaque, y que se sonrie y se pone colorada, y mira al cielo, y le pide la *patita* al loro, si lo tiene, ó hace fiestas al perrito, ó se entretiene en tirar á las narices de los transeuntes bolitas de papel; ved, al fin, que la niña se dispone á retirarse del balcon, y el galan á dar por concluida su jornada del dia; ved cómo, al marcharse, vuelve la cabeza cincuenta veces para ver á *su reina*, y ved cómo esa continúa evolucion le proporciona ocasiones de tropezar con los que vienen, de los cuales uno le da un empujon, otro le dice poniéndose en la razon: «¿Está V. ciego?» una señora á quien pisa en un ojo de gallo le suelta un «¡Animal!» que le deja pegado á la pared, y un aguador le besa con la cuba en las narices, y le pone sobre la charolada bota arroba y media de pié y zapato gallegos.

A los ocho dias ya están todos los vecinos de la calle al cabo de la *idem* respecto del objeto de los continuos paseos de mi hombre, y todas las vecinas saben á qué hora viene y á qué hora se marcha, y salen á verle, y cada una hace sus comentarios acerca de la hermosura de la niña y de la apostura del galan, y á unas les parece un Apolo y á otras un Esopo, y la una le cree un tonto, y la otra un vago, y la otra un pobre hombre, y todas le conocen por el novio de la Fulanita.

Pues, ¿y cuando la niña sale á misa, á tiendas ó á paseo con su mamá ó con su papá?... Allá va el novio detrás, como el inocente cordero detrás de su matador,



parándose de vez en cuándo para conservar siempre la distancia necesaria, haciéndose el distraído cuando ve venir algún amigo, para que no le detenga y le haga perder la pista, y siempre con los ojos clavados en su *esperanza*, que cada ocho pasos vuelve un momento la cabeza para asegurarse de que el novio sigue sus huellas, y darle las gracias con una miradita y una sonrisa, que no cambiaría el novio por tres pesetas, aunque no lleve un cuarto en el bolsillo.

En el teatro el novio se conduce como tal; si la novia está en un palco, el novio entra en el patio cuando ya se ha levantado la cortina, y si puede ser, cuando el público oye la escena más interesante con respetuoso silencio: esa es la manera de llamar la atención de la novia, que, como todas las mujeres en el teatro, no puede prescindir de mirar á quien entra taconeando en medio del espectáculo. Una vez colocado en su butaca, vedle cómo clava los gemelos en el palco donde está la beldad que adora, y ved cómo, advertido su juego, todas las mujeres le miran, y todos los hombres miran á la misma que él mira.

En el Prado es donde el novio puede despacharse á su gusto: por dos cuartos compra el derecho de estar al lado de la elegida de su corazón dos ó tres horas, y de decirla, por lo bajo y atusándose el bigote, todo lo que un novio puede decir á su novia; allí es donde puede hacerse conocer de la mamá y demás familia, y allí donde hallar un mal intencionado que le presente y le ponga en camino de penetrar al fin en la casa mortuoria, digámoslo así, de su libre albedrío y de su independencia; allí donde el novio puede deslizar en la

mano de su dicha, apretándosela de paso, alguna carta de esas que, segun opinion de un autor francés, para estar bien escritas no ha de saber quién las escribe cómo han de acabar cuando las empieza, allí, en fin, donde puede recibir otra de la adorada señora, lo cual es la suprema ventura para un novio, aunque sea ilustrado y le duelan frases como por ejemplo, *haiga diferencia, Hamor* (con H) *alla, ben, tequiero, alageño* y otras.

Una vez presentado el novio en la casa de la novia, despues de haber hecho el amor á ésta, para no perder la *hechura*, tiene que empezar á hacer el amor á la mamá; porque no basta que la niña le juzgue el hombre más cumplido del orbe cristiano, es preciso que á la mamá le parezca fino, servicial, generoso, buen muchacho; es preciso que adivine el pensamiento de la mamá, y no la contradiga, y la dé la razon cuando se queje de cómo están los hombres en el dia, y oiga con paciencia la relacion de los méritos y servicios de la vida pública y privada de su difunto, y los hechos famosos de sus ascendientes, y la dé el brazo en el paseo en la calle, en la escalera, y la lleve á refrescar, y la cobre la viudedad, si la tiene, y quiera mucho á Anacreonte (un perro), y esté, en fin, siempre, y en todo, por todo, á su disposicion, para lo que guste mandarle.

Y luego, pasado algun tiempo, comienzan las indirectas y las alusiones á boca de jarro, que dan por inevitable resultado, ó la ceguera completa del novio, y una boda, ó la vista recobrada y una retirada á tiempo, que le valga el concepto de pillo, seductor, farsante, pobre diablo ú otro peor.

La mamá no sabe hablar mas que de que todo su *pio* es que se *coloquen* sus hijas ántes de que ella cierre el ojo, y de que las mujeres no deben pasar el tiempo, y de que una niña no gana nada con tener hoy un novio, y mañana otro, y otro despues, y de que su hija podia estar ya casada con uno que era esto y lo otro, y que la queria tanto y cuánto, y de que no le habia querido porque era viudo y feo,—como si un viudo rico no fuera mejor que un soltero pobre, y como si el hombre y el oso no fueran cuanto más feos más hermosos,—y de que los hombres están en el dia muy escamados y no se casan á dos tirones, y de que obras son amores y no buenas razones, y de que á la hija de Fulano le sucedió un chasco, y la sobrina de Zutano se quedó con todo hecho, y el novio se llamó Andana, y la hermana de Mengano se quedó para vestir imágenes, despues de haber tenido quince años relaciones con un teniente, que en cuanto le hicieron capitán se casó con la hija de un comandante, y en fin, de otros lastimosos ejemplos de la fragilidad de las cosas humanas, y de la mala condición de los hombres y del poco cálculo de las mujeres.

El novio, si tiene vocacion de tal, no puede ménos de convencerse, y entrando en cuentas consigo mismo, se convence á la vez de que eso de casarse tiene tres bemoles; pero si la cabeza le dice que nó y el corazón que sí, ya no hay remedio para él, á no ser que una oportuna pulmonía venga á llevarle á la mansion de los bienaventurados.

Y vuelve otra vez el novio á padecer desde que declara oficialmente su amor, y la madre le proclama el

novio de su hija. Ni un fenómeno con seis piés, ni un reo condenado á muerte, ni un eclipse visible del sol, es objeto de mayor curiosidad que el novio. La madre y la hija se dedican á visitar á todos sus amigos, conocidos, parientes y bienhechores, no con otro objeto que el de anunciar el próximo establecimiento de la niña, y decir la mamá que el novio no es todo lo que ella queria, pero que la chica le quiere, y allá se las hayan, que eso sí, parece buen muchacho, y que al cabo y al fin, lo que importa es que sea hombre honrado, que los tiempos no están para gangas; y que como la chica es un ángel de Dios, más económica que el mismo Franklin, y muy mujer de su casa, harán ellos más con veinte que otros con cuarenta, etc., etc.

¡Y cómo goza la madre y la hija contando todo esto á la madre que tiene siete hijas ó siete pecados mortales, más tontas que el andar á pié, y que con todos coquetean y con ninguno casan, y al cesante que no encuentra á quien endosar tres que Dios le destinó y su mujer le dió, y á la solterona que por escoger entre muchos se quedó sin ninguno, y á la vieja que por casarse casó con un jóven que la quiso por pescarla los cuartos, y le da una vida de perros y una pesadumbre cada media hora!...

Y luego, todas esas personas á quienes se anunció tan fausto acontecimiento, devuelven la visita, no más que con objeto de saber y oler, averiguar y preguntar, y sobre todo, de ver al novio, que tiene que sufrir ese exámen con la sonrisa en los labios, y oír las chanzonetas de alguno que otro viejo materialista, y las miradas profundas de las jóvenes amigas de su novia, y los con-

sejos de las mamás, y los plácemes y los parabienes de todos, á quienes nada importaría seguramente que se le llevaran los demonios.

Y una le encuentra tonto, y otra feo, y otra soso, y todas tienen algun pero que ponerle; el único consuelo que le queda, es que á todas las solteras les parece mucho mejor que la novia, porque sabido es que una soltera le perdona á otra todo, ménos que se case ántes que ella.

El novio, pues, está en berlina durante treinta ó cuarenta días; el que resiste á esta prueba es capaz de todo, capaz de enviudar y casarse otra vez.

Los preliminares de la boda son otra prueba más; el novio tiene que adivinar el gusto de la madre y de la hija para comprar los regalos de cajon, y como regularmente el gusto de la madre es opuesto al de la hija, surgen grandes dificultades, tanto más difíciles de resolver, cuanto que es imposible dar gusto á las dos, ó resignarse la una al de la otra.

Llega por fin el día de la boda, y el novio se convierte en marido y la madre en suegra.

El que *no vió* durante algun tiempo, abre los ojos y ve claro; quiere ver lo que ha pasado, pero se ve entre la espada y la pared: la espada es la suegra, la pared su mujer. Cruza los brazos y dice: ¡*Amen!*

Su mujer podrá amarle un año, dos, tres, toda su vida, pero la suegra le aborrece á los dos meses.

El novio, por lo demás, tal como lo he bosquejado en los anteriores párrafos, es un tipo que va degenerando lastimosamente.

Los novios no son ahora lo que eran: ahora se lla-

man novios los que se casan, pero no hacen lo que los novios como el que he querido retratar.

Ahora el novio, ántes de pasear la calle donde vive la mujer en quien pone los ojos, pregunta, averigua quién es, cuánto tiene; ó mejor, ántes de poner los ojos en la mujer, pone la intencion y la codicia en las condiciones y en la posicion de la familia de la mujer, y tasa en tanto ó cuánto, ántes de arriesgarla, su libertad de soltero.

Tampoco suele ser ahora el novio tímido, respetuoso, servicial; el novio, el que tiene verdadera vocacion de novio, toma siempre el camino más largo; pero el que galantea á todas las mujeres y no las quiere mas que para pedestal de su fortuna, ó para víctimas de su amor propio, ó para aumentar el número de sus conquistas, toma siempre el camino más corto.

Otra de las causas de que el número de *novios* disminuya notablemente, se explica en el lujo que las mujeres han dado en ostentar, no muy confiadas sin duda en los encantos de la hermosura y en la hermosura de la virtud.

Los hombres no quieren ya ser satélites de un solo planeta; la galantería, la fraseología de la galantería y del amor, han hecho grandes adelantos, y las mujeres y los hombres abusan que es una maravilla.

El camino del matrimonio no está todo lo concurrido que debería estarlo, en atencion al prodigioso aumento de viajeros de la vida que cruzan el mundo.

Esos tipos de novios como el que acabo de describir, se encuentran en la clase media; en la alta, esos tipos son tan raros como el ave Fénix.

El amor en la sociedad moderna es un juego muy peligroso por cierto; el matrimonio una cuestion de tanto mas cuánto, una cuenta de multiplicar.

Los novios de la alta clase y de la clase baja, no se parecen en nada al novio de este capitulo.

En otros procuraré describirlos.

Una observacion: me parece que mi etimología de la palabra *novio* será infundada dentro de algun tiempo, cuando hayamos dado algunos pasos más en el camino real de la civilizacion; porque siendo el amor un juego y el matrimonio un negocio, los novios, en vez de estar ciegos, tendrán que abrir tanto ojo para no perder en el primero y no ser engañados en el segundo.

XIV.

La novia.

En el cuadro anterior tuve el gusto de descubrir á VV. la etimología de la palabra novio ; justo es que al tratar de la *novia* descubra tambien la de esta palabra , que comienza á ser un si es no es subversiva.

Novia, lo mismo que *novio*, se compone del adverbio *no* y de *veia* del verbo *ver*, que en muchos casos, y por los poetas sobre todo, que autorizados por el uso á abusar de las licencias poéticas, ponen y quitan letras y sílabas á su antojo, se convierte en *via*; es decir, que cuando se llama *novia* á una mujer, lo que se quiere significar es que *no veia*; que estaba ciega cuando no era *novia*, y que abrió tanto ojo apenas halló en el camino de la vida un jóven del tenor siguiente, que le dijo: *Buenos ojos tienes*.

Paréceme que nadie dudará de la verosimilitud de esta etimología: el *novio* se enamora y queda ciego : la *novia* tiene que ver por dos, por el novio y por ella;

es decir, que la niña más inexperta, la que no ha visto siquiera el mundo por un agujero, apenas tiene *novio*, empieza á ver claro, y de algunas puede decirse que adquieren la doble vista, reservada á los sonámbulos, magnetizados y prestidigitadores que de tiempo en tiempo embroman al respetable público que se deja embromar como un bendito.

En primer lugar, una novia ve el cielo abierto, lo que es una ventaja envidiable; despues ve un porvenir dichoso, tan ilimitado como se le antoje; y por último, ve la envidia y el despecho de sus amigas que no tienen novio;—y sabido es que nada contenta á una mujer tanto como tener ocasion de aparecer superior á otra; es decir, como publicarse *novia* entre las que no han podido todavía presumir quién de los galanes que hay en el mundo será su media naranja.

La mujer tiene en su vida un momento de completísima satisfaccion: el momento en que oye por primera vez una palabra de amor de la boca de un hombre, aspirante á novio.—Ella podrá, si el prójimo no es de su gusto, plantarle unas calabazas de padre y muy señor mio; pero toda su vida le agradecerá la primera palabra de amor que sonó en su oido, y cuyo eco guardará perpétuamente en su corazon.

Sirva esta verdad de consuelo á los tontos, á los antipáticos, á los feos y demás compañeros mártires, y de elogio á las pobrecitas mujeres.

Muchos hombres no pagan ni agradecen siquiera el amor de las mujeres, pero las mujeres pagan siempre el amor de los hombres,—no digo que no haya excepciones,—y cuando no lo pagan lo agradecen. ¡Ben-

ditas sean las mujeres que nos prodigan su amor por más que casi siempre sea su premio nuestra ingratitud!

Un hombre es capaz de decir mintiendo *Yo te amo* á todas las mujeres; habrá mujer que se lo diga á más de uno, pero no mentirá tanto como los hombres; en el *Yo te amo* de una mujer siempre habrá algo de amor.

Y es que, como creia Shakspeare, el amor se gasta más pronto en la imaginacion de los hombres que en la de las mujeres.

Se ha establecido acertadamente que en los casos de amor el hombre tome la iniciativa con la boca; pero la mujer, que no creia muy equitativa esta ley, ha encontrado un medio de eludirla, tomando á su vez la iniciativa con los ojos, cuyo lenguaje convence siempre.

Una mirada de Eva debió inducir á Adan al pecado.

Un hombre pasará cincuenta veces al lado de la mujer más hermosa del mundo, sin ocurrírsele que se enamorará de ella; pero si pasa luego tres veces no más, y la hermosa le dispara tres miradas de esas que no tienen réplica, aquel mismo hombre, ántes indiferente, sentirá ánsia de volver á ver á aquella mujer, y la buscará y la seguirá en todas partes, y la verá en sueños y se enamorará como un loco.

La mayor parte de las veces, cuando un hombre hace una declaracion á una mujer, ésta no se sorprende, por más que suela aparentarlo.

Las declaraciones por escrito no agradan regular-

mente mas que á las mujeres dadas á pulsar la lira y á escribir su *diario*, á leer las novelas de Jorge Sand, á quejarse del destino en variedad de metros, y á andar siempre á vueltas con los cabellos de oro, y los dientes de marfil, los labios de coral, y los ojos de gas, etc., etc.

Las mujeres saben perfectamente que hay hombres que escriben mejor que hablaba Ciceron, y hablan peor que escribia Comella; y lo que sobre todo quieren las mujeres, es hablar.

Una mujer muda podrá inspirar una verdadera passion al hombre más hablador; pero un hombre mudo solo inspirará compasion á la mujer más prudente.

La novia recorre, desde que puede llamarse así, un camino lleno de flores y en el que encuentra mil ocasiones de halagar su vanidad de mujer.

El novio cree que está en berlina, y así es, cuando pasea la calle donde vive la señora de sus pensamientos y le observa la vecindad; cuando la sigue á respetuosa distancia; cuando sus amigos le sorprenden llevando colgada del brazo á su mamá; cuando la mamá le enseña como objeto curioso y nunca visto; cuando oye decir: *ese es el novio de la Fulanita, ó ya te he visto con tu novia*; y por último, cuando el dia siguiente al de su matrimonio se presenta con su mujer á dar parte de su efectuado enlace y ofrecer su habitacion, calle de Tal, número tantos.

Y todo esto que el novio sufre, en prueba de desmesurado amor, lo desea la novia como el colmo de su ventura, como la satisfaccion de su vanidad de mujer.

Yo no conozco, por lo demás, nadie más susceptible que una novia, nadie más exigente.

La novia enamorada,—que tambien las hay que están tan enamoradas como yo,—y por ende interesada en la conservacion del novio, es celosa siempre; y el novio de una novia celosa es una especie de maniquí que anda, viene, va, entra, sale, se mueve ó se está inmóvil á voluntad de la novia.

Verdad es que si en el amor de dos novios no hubiera celos, su amor sería la cosa más monótona y más insulsa. Hé aquí lo que se dirian por la mañana y por la tarde desde el primer dia de novios hasta la primera noche de esposos:

—¿Me quieres?

—Te quiero.

—¿Piensas mucho en mí?

—No pienso en otra cosa.

—¿Vendrás mañana?

—Primero faltará el sol.

—¿Me quieres?

—Te quiero.

—¿Mucho?

—Mucho. ¿Y tú?

—Yo sí; te quiero mucho; pero ¿tú me quieres?

—Te quiero más que tú á mí.

—¡Eso sí que no puede ser, porque yo te quiero mucho!

—¿De veras? ¿Me quieres mucho?... No haces más que pagarme, porque yo te quiero mucho tambien.

—¿Sí? ¿es posible?... ¿Me quieres mucho?

—Mucho; y me contento con que me quieras tú lo mismo que yo te quiero.

—¿Sí?... pues te quiero lo mismo... es decir, lo mismo, nó, porque por mucho que tú me quieras, no me querrás tanto como yo.

—Yo te quiero cada dia más.

—Eso precisamente me sucede á mí; no creí que en tan poco tiempo pudiera llegar á quererte como te quiero.—Te quiero mucho, créeme.

—¿Mucho?

—Mucho.—Y así estarían *queriéndose* uno, dos ó más años, concluyendo una y otro por hallarse ridículos en grado máximo. Los celos son un motivo de conversacion, y además un pretexto para seguir conjugando el verbo querer.

¡Cuánto más animada es esta otra conversacion de dos novios.

—¿Dónde has estado hoy á las once qué no has pasado por ahí?... ¡Y yo helada al balcon!

—Hija mia, me desperté tarde, y cuando salí de casa eran ya las once y media, y tuve que ir á la oficina.

—Es claro, anoche te retirarias tarde... ¿Dónde estuviste?...

—Te voy á decir la verdad: estuve por compromiso en un concierto.

—¿Dónde?

—Ahí cerca, en casa de D. Venancio, mi jefe.

—¡Ah! ¡ya! ¿haces ahora el amor á su hija?...

—¡Qué disparate!

—Sí, que no te conozco yo á tí... Como su padre

puede protegerte... ¡Y la hija es graciosa!... Más presumida y más tonta, y con unos ojos más torcidos!

—Pero hija, ¿de dónde deduces tales absurdos?

—Sí, sí, absurdos... defiéndela, hombre; atrévete á decir que es bonita... y parece la estampa de la herregía...

—Si no digo eso, mujer; si lo que digo es que nada tengo que ver con la hija de D. Venancio.

—Serías el primero, porque la niña no es corta de genio, y ha tenido ya más novios... ¡Así hablan de ella...

—No sé nada, pero yo no he observado cosa alguna que pueda perjudicarla...

—¡Cómo!... ¿la defiendes?

—Es hija de un amigo y protector mio, y ese es mi deber.

—Pues bien, yo no soy plato de segunda mesa... O ella ó yo... ya está V. demás en mi casa.

—Pero hija, oye razones...

—Nada tengo que oír... Es V. un hombre sin delicadeza...

—Poco á poco; ese es un insulto, y yo...

—V. no tiene que volver á acordarse del santo de mi nombre.—*(Dirigiéndose á otro.)* Paquito, ¿quiere V. tenerme esta madeja?...

—Pero, oye, hija mia...

—¿Qué? ¿No va V. á ver si ha descansado la hija de D. Venancio?...

—Sí, señora, voy... *(Cogiendo el sombrero.)* Mira que no vuelvo.

—Nó, nó, que puede V. perder esa proporción.

—¡Pues... á los pies de V!

—Beso á V. la mano!

(*Suena un portazo; la novia recoge la madeja y la tira en un cesto; se levanta y se encierra en su cuarto á llorar, y Paquito se queda viendo visiones.*)

El día siguiente, la conversacion se reduce á *¿Me quieres? Te quiero, etc., etc.*; pero pronto hay otra escena cómica en que la novia da celos al novio, mostrándose muy amable con Paquito, y el novio se los da tambien á la novia, aparentando no hacer caso, y la novia y el novio rabian de celos aparte.

Estas escenas suelen terminar cuando el novio, que va con buen fin, pide y obtiene la mano de la novia.

La novia entónces comienza á ver en el novio un objeto de su propiedad, que no puede enajenarse ni traspasarse, por más que entre los hombres haya algunos cuya palabra pudiera juzgarse tan segura como el agua en una cesta, y por más que haya habido muchos ejemplos de novias compuestas y sin novio, y de novios que en la última hora de su libertad han vuelto valientemente por ella, jugando á las novias lo que se llama una partida serrana.

La novia, lo mismo que el novio, es durante algun tiempo objeto de la curiosidad de todos, y de la envidia mordaz de las *incasables*, y no pocas veces de miserables calumnias.

Y esto sucederá mientras haya mujeres y hombres en el mundo.

El axioma vulgar: *¿Quién es tu enemigo?... el que es de tu oficio*, es una verdad.

Los hombres se disputan con implacable porfía los empleos, y eso que tienen muchos empleos que escoger, y se hacen cruda guerra, y se espían, y los que se levantan empujan á los que caen, y los que caen procuran levantarse para hacer lo mismo, y por lograr cada cual su objeto, se prueban todos los medios, los buenos como los reprobados, los fáciles como los difíciles, los posibles como los imposibles.

Pues si esto hacen los hombres en todos los oficios, en todas las carreras, en todos los empleos, ¿cómo no lo han de hacer las mujeres, que no tienen más carrera que una, la del matrimonio?

¿Cómo no ha de envidiar la que ve que se le pasa el tiempo sin navegar por el mar del amor con dirección al puerto del matrimonio, á la que, despues de una rápida y divertida travesía, puede desde ese puerto contemplar serena y sin temor tempestades que ya no han de hacerla naufragar?...

Algunas novias, que fueron muy celosas, suelen no serlo cuando casadas, aunque les sobren los motivos fundados que ántes les faltaban. Compadezcamos á estas mujeres y á sus maridos.

Las que aman á sus maridos son felices, y felices los maridos que se hacen amar de sus mujeres.

Y cuando la nieve de la vejez blanquea sus cabezas, su amor no ha envejecido desde la época en que los esposos eran novios, porque constantemente lo ven y lo sienten en el amor de sus hijos.

XV.

Los usureros.

Pedir prestado no es mas que mendigar, así como prestar con usura no es ménos que robar.

(LESSING.)

Es indudable que las personas que se dedican á este oficio viven bien, viven holgada y anchamente; sin embargo, yo, que tengo una manera particular de ver las cosas, diré siempre que el oficio á que me refiero es un mal modo de vivir.

Muchos son los usureros, y esta circunstancia constituye un mérito para mí, del cual quiero hacer alarde, porque me halaga de veras; este mérito consiste en atreverme yo solo, un pobre hombre pobre, contra tantos poderosos y archi-poderosos que han medrado á favor de la usura.—Ellos, envalentonados con su dinero, me mirarán tal vez con desprecio; pero ¿qué me importa, si en cambio sus innumerables víctimas me

honran con su simpatía?—Aunque alguna alma mezquina crea que escribo una hipérbole, juro que no cambiaria esta satisfaccion por todo el oro que los prestamistas pudieran darme, si es que algun prestamista puede dar más que desazones.

De todas las gracias que suplico á la divina Providencia, la que más encarecidamente deseo, es la de que, si algun dia no tengo otro recurso para no morir de hambre que el dinero de un prestamista, me dé aliento suficiente para encerrarme de mi propia voluntad en un asilo de Beneficencia.

Todos somos hermanos, ménos ciertos prestamistas, á quienes el parentesco más inmediato que respecto de los hombres puede reconocérseles, es el de *cuñados*.

Cuando veo un anuncio que comienza: *Se facilita dinero á las clases activas y pasivas*, traduzco siempre: *Se desea quitar el pan de la boca á las clases activas y pasivas*.

El prestamista es, á pesar de todo, un hombre que en la forma no se diferencia de los demás; anda, come, bebe, escupe, y habla tambien como todos. Los que no le conocen, pasan á su lado tan tranquilos y como si tal cosa; los que le conocen, si desgraciadamente le necesitan, le ceden la acera, y le saludan muy rendidos; y si no le necesitan y piensan como yo, le ven con absoluta indiferencia, y como quien dice: *Y á mí ¿qué?*

Yo no condeno á los prestamistas por el hecho de haber elegido este oficio; lo que condeno es el abuso.

Los prestamistas que se contentan con que el capital que emplean les dé una renta módica, y que al

mismo tiempo que desean proporcionarse una ganancia legítima, desean también que esto no sea con perjuicio de tercero, no merecen censura; por el contrario, de esta manera pueden en casos dados, hacer gran favor al prójimo, que luego paga muy gustoso el interés módico que se estipuló; pero como estos prestamistas son los menos, he aquí por qué me parece que este artículo está muy en su lugar.

El usurero que se contente ahora con un 6 ú 8 por 100 de interés, merecía que se le erigiera una estatua ecuestre á expensas de las beneméritas clases pasivas—Si hay alguno, que alce el dedo, y se abrirá la suscripción inmediatamente.—Yo, si no puedo contribuir con dinero, escribiré una oda en loor del héroe de la usura.

El usurero que facilita dinero al 25 por 100, es tenido ya por hombre caritativo y amante del prójimo, y con razón, porque ni con candil se encuentra quien preste á menos del 50 por 100.

—Señora doña Basilisa, mi respetable coronela, ¿necesita V. 3,000 rs. para hacer á las niñas unos trajes nuevos, y ver si se puede conseguir que se vayan colocando?... Pues firme V. haber recibido 3,000, y es cosa hecha.

—Y V., donosa y desconsolada huérfana del bueno de D. Froilan, benemérito administrador de correos ¿quiere V. que se le adelante un par de pagas, para ir á los baños de Loeches y curarse de esa tristeza que la consume á V. hace tiempo?... Pues venga un poder para que el prestamista cobre por V. al fin de cada mes, y se reserve en pago del adelanto seis de quince du-

ros que V. tiene de pension, y uno por el trabajo de ir á cobrarlos, y él hará que tarde ó nunca vuelva V. á tomar los quince del pico, limpios de polvo y paja, y ya verá V. cómo siempre hay deuda en pié, y cómo entre V., que siempre ha sido un poco manirota y no conoce el valor del dinero, y él, á quien conviene más que otra cosa que V. no ponga en órden jamás sus asuntos, la trampa se lleva al fin la pension que con tanto trabajo ganó para V. el bueno de D. Froilan, que esté en gloria.

—Señor D. Miguel, indigno comisario de guerra jubilado,—aunque siempre está V. rabiando,—ya he sabido que anoche, en casa del Zurdo, perdió V. cinco mil reales en otros tantos *burlotes*, y á juzgar por la cara de vinagre que lleva V. hoy, me parece que no le hizo maldita la gracia la broma, y que de buena gana iría V. esta noche á *desquitarse* ó á perderlo todo, ménos el honor, que no es fácil perder lo que no se tiene; pero como el golpe de anoche le habrá dejado á V. sin un real, y como no es fácil que le presten á V. sobre su jubilacion, pues, como V. sabe mejor que todos, tiene V. dos retenciones, y hay quien espera que le toque su vez para entrar á cobrar, y probablemente no será este solo el penitente á quien interese la vida de V., por la cuenta que le tiene, no le queda á V. otro recurso que dirigirse á mi amigo D. Fulano, usurero empedernido, quien no tendrá inconveniente en facilitar á V. algunos miles de reales, 2,000 por ejemplo, sin que V. tenga que hacer otra cosa que firmar cómo ha recibido V. de dicho señor la cantidad de 4,000 rs. en calidad de depósito, la que

pondrá V. á su disposicion dentro de dos meses, y ya puede V. irse descuidado á la *timba*, y seguro de que si dentro de dos meses no tiene V. ni los 4,000 reales ni que comer, en la cárcel le darán á V. casa y alimento, y gozará V. el inefable placer de interesar á las almas piadosas y caritativas, que no podrán ménos de deplorar que un hombre como V. se vea acusado de estafa.

Y tú, pobre padre de tres hijos, que no tienes empleo, que no eres activo ni pasivo, ni conoces á un banquero que responda de tí, ni á dueño alguno de casa abierta que para tí no la tenga cerrada; tú, que te has decidido á implorar la caridad de las personas pudientes y la primera á quien piensas dirigirte es á tu vecino D. Eleuterio, prestamista, con quien fuiste á la escuela y á quien tu padre hizo muchos favores, pasa de largo y no llames á su puerta, porque es fácil que si le pides un duro te exija que se lo devuelvas duplicado, y muy probable que si le dices que no lo pides prestado, sino regalado, te eche el perro, si lo tiene, ó te denuncie como ratero y vago á la autoridad. Más te valdrá acudir á otro tan pobre como tú, que puede que, si tiene un duro, te dé generosamente la mitad, aunque en su vida te haya visto, y aunque tu padre y el suyo hayan sido sargento de realistas el uno y cabo de nacionales el otro.

Puede que el lector considere exagerados estos detalles; lo mismo hubiera creído yo ántes de estudiar las mañas de ciertos prestamistas.

Esta industria es de las más productivas, y si el número de los que la ejercen, aunque considerable, no

lo es tanto como parecia que debia ser, en atencion al buen resultado que produce, es porque para emplearse en ese oficio se necesitan cualidades que tienen pocos: se necesita no tener corazon, y entre los hombres hay afortunadamente pocos que no lo tengan; se necesita acostumbrarse á ver con indiferencia el mal del prójimo, y á ser sordo á las súplicas y ciego á las lágrimas de las víctimas de la usura.

¡Cuántas humillaciones sufre el infeliz que acude á un prestamista, á quien va á proporcionar una ganancia monstruosa, y que por esta circunstancia debia estarle agradecido! Nunca olvidaré la impresion que hicieron en mí no hace mucho tiempo las palabras y el llanto de un anciano, cubierto de cicatrices el rostro y coronada la cabeza de venerables canas. Salia de la Audiencia con paso vacilante y preñados de lágrimas los ojos. Acercámonos algunos á preguntarle la causa de su dolor, y el infeliz, despues de algunas frases entrecortadas, nos habló así:

—Nó, no es nada.... Es que.... que como nunca me he visto delante de un juez, estoy avergonzado ahora... ahora que á mis años.... ¡Vaya, todo sea por Dios!... Para que no se muera una hija que tengo muy malita.... baldada la pobre.... despues de haber vendido todo lo que tenia, he pedido á un prestamista dos mil reales sobre mi retiro, que es tan corto que apénas tenemos mi hija y yo para vivir.... Y me los ha dado, sí señor, Dios se lo pague; pero lo que siento es que para asegurar el pago me ha citado á juicio.... y lo que me avergüenza es que delante del juez ha dicho que yo le debia cuatro mil reales que me habia prestado amisto-

samente y sin interés.... ¡Ya ven VV., y no me da mas que dos mil! Y el juez, es claro, me ha sentenciado á que pague con la tercera parte de mi sueldo. Y yo allí corrido de vergüenza, sin poder decir el cómo y el cuándo del negocio porque luego se hubiera vuelto atrás el prestamista, y mi hija se moriria, y.... Dios me perdone, pero me parece que si ese hombre tiene conciencia, le ha de pesar en ella el bochorno que me ha hecho sufrir.... ¿Qué habrá creído de mí el juez?

Hay algunos prestamistas que, como dice el vulgo, *no dan la cara*, dan el dinero por medio de agentes especiales, que son los que se entienden con las víctimas y que hacen que estas paguen, no solo el exorbitante interés del préstamo, sino tambien que al recibirlo suelen parte de la cantidad que lo constituye, en premio de sus buenos servicios, con lo cual se demuestra lo verdadero del refran que afirma que «al perro flaco todas son pulgas.»

Si el lector desea más informes, en la contaduría de Hacienda pública le podrán decir cuántas viudas ó huérfanas, cuántos cesantes ó jubilados tienen libres de retencion sus pagas respectivas, y cómo al fin de cada mes entregan una cantidad enorme, compuesta toda del importe de las retenciones, á don Fulano y á don Zutano, y á don Mengano, que, tambien es casualidad, son tan amigos de remediar los males del prójimo, que todo el mundo les debe dinero.

Dicen ellos que su industria está sujeta á mil eventualidades; por mi cuenta estas mil se quedan en una, la de que fallezca la persona á quien han hecho el préstamo, y no deje en el mundo ningun interesado,

lo cual calculo prudentemente que les podrá suceder una vez cada seis ú ocho años.

¿No se podria desterrar poco á poco la usura, procurando otros medios de socorrer al necesitado á ménos precio y más decorosamente?

El Monte de Piedad, por ejemplo, ¿no podria hacer préstamos sobre pagas como los hace sobre efectos?

Yo no contestaré á estas preguntas: yo denuncio el mal; procure quien pueda el remedio,

¿Si yo fuera ministro de Hacienda!...

Paréceme que sin escrúpulo de conciencia, habia de atreverme á mandar que se declarasen nulas todas las retenciones á favor de personas reconocidas como prestamistas usureros.

Las personas que prestan sobre alhajas y ropas en buen uso, son fenómenos muy curiosos y dignos de estudio, y cuya moralizacion debia tomar por su cuenta la autoridad, interviniendo en sus operaciones muy de cerca.

Permítame el lector que le presente uno de estos fenómenos, que se llama doña Gertrudis.

Yo la conocí diez años hace, cuando vivia en la agradable compañía de su marido, dependiente del resguardo, de quien malas lenguas decian que en tanto que con laudable celo se dedicaba á perseguir el contrabando, hacía la vista gorda al contrabando que en su misma casa solia introducirse.

Pero llegó el dia en que el defensor de los intereses de la Hacienda tuvo noticia de los dichos del vulgo maldiciente y de los hechos de su consorte pecadora, y despidiendo airado de su alma enamorada las ilusiones

fundadas en la frágil base del deleznable amor de doña Gertrudis, pidió ser trasladado á otra provincia, y partió para su destino, llorando amargamente haber representado tan á lo vivo el triste papel de Adán con aquella Eva ingrata y coquetona.

He aquí á doña Gertrudis libre como las aves que cruzan el espacio,—así diría un poeta ramplon,—y autorizada á hacer aquello que se le pusiera entre ceja y ceja, señora absoluta de su albedrío, y dueña además de algunas onzas de oro, que ella con su prudente economía, y con su costumbre de prestar á réditos alguna que otra pequeña cantidad, habia podido reunir en dos ó tres años, sin que nadie pudiera averiguar de dónde le habia venido el capital con que comenzó sus especulaciones, porque nadie podia presumir que el marido fuera cómplice en la industria de la mujer, y porque todo el mundo sabía que aquel pobre hombre no tenia más que sus 40 reales diarios, con lo que demasiado conocen VV. que no se pueden hacer muchos milagros, porque 40 reales en estos tiempos no dan más que hambre para hoy y necesidad para mañana.

Pero abreviemos: de todos los misterios de la vida de mi señora doña Gertrudis, el que más excitó la curiosidad de sus vecinas, amigas, cuñadas, etc., etc., y el que más comentarios provocó y más sorpresa causó, fué el que dió por resultado el establecimiento de una casa de préstamos, anunciada en una muestra colocada en el balcon, y que á la letra decia lo siguiente:

«HONRADEZ.—CARIDAD.—BUENA FE.»

DINERO BARATO.

Se presta dinero sobre alhajas y ropas en buen uso.»

He aquí cómo la mujer fuerte, la mujer de alma grande y voluntad poderosa, no necesita para cosa maldita el apoyo del hombre; doña Gertrudis, sin embargo, necesitaba el concurso de otra persona que le hiciera las cuentas, le llevara la pluma y representara en casos dados, y para este oficio nadie mejor que un amigo de su consorte fugitivo, un amigo con quien no sé qué diferencias podría tener aquel, porque no creo que fuera motivo suficiente para odiarle saber que Gertrudis le distinguía con su confianza, y que él había sido siempre quien acompañaba á la abandonada esposa en largas horas de soledad, cuando los intereses de la Hacienda exigían la ausencia del esposo del hogar doméstico.

Ahora cúpleme explicar el cómo y el cuándo de la industria de doña Gertrudis.

Suponga el benévolo lector que una pobre señora acaba de pasar una enfermedad y ha agotado sus recursos, y no le queda mas que una sortija de bastante valor, que ella en mejores tiempos regaló á su consorte, y que éste le devolvió momentos ántes de morir; aquella alhaja puede ser su salvación, y no necesita venderla, nó, señor, sino únicamente dejársela á doña Gertrudis, quien le dará en cambio una cantidad, y conservará la sortija durante un año, en cuyo plazo la afligida señora podrá devolver la cantidad recibida, con más

un real por duro por cada mes que haya pasado, y recuperar la alhaja.

Mucho le costará decidirse á separarse de aquella prenda del amor que tuvo á su esposo; pero como la necesidad tiene cara de hereje,—y en esto se parece doña Gertrudis á la necesidad,—no tiene más remedio que recurrir á la mujer del dependiente del resguardo, y con lágrimas en los ojos presentar la sortija.

Doña Gertrudis la consuela, la anima y le asegura que no perderá la joya, porque ella no es como otras *empeñistas*, que lo que quieren es quedarse con los efectos,—aunque falten las causas,—y porque ella se contenta con no perder el dinero; y si se ha dedicado á hacer préstamos, más lo hace por favorecer al prójimo que por lo que la industria le produce, que no le produce otra cosa que muchos disgustos y muchos *quebraderos* de cabeza.

La señora necesitada no duda ya, y entrega la joya á doña Gertrudis, quien llama *in continenti* al amigo de su marido, encargado de aquilatar el valor de las prendas *que se empeñan*, y determinar la cantidad que, prudentemente, puede darse por ellas.

Y despues de mirarla y remirlarla mucho, con una autoridad digna de un tasador con titulo, dice que la sortija vale 500 rs., y que por ella se pueden dar 160 de empeño.

La dueña de la sortija advierte que le costó 2.000 reales, y el tasador decide *ex-cátedra* que bien puede ser cierto lo que aquella señora dice, pero que tambien lo es que ha pasado la moda de sortijas como aquella, y que la antigüedad, el uso, las circunstan-

cias y otras cosas imponen á su conciencia el deber de aconsejar á la dueña de la casa, cuyos intereses le están confiados, que no suelte un cuarto más de 200 rs., y eso porque la señora á quien se los presta es toda una señora, y porque ni él ni doña Gertrudis pueden ser, aunque debieran serlo, para no sufrir más perjuicios que otra cosa, indiferentes á los males ajenos.

Y con este discurso queda convencida la dueña de la joya, toma los 200 rs. y una papeleta impresa con los huecos correspondientes, en los que se anota la fecha del empeño, la cantidad prestada y el número que tiene en la coleccion de objetos *empeñados en no volver á la casa primitiva*, la joya testimonio del acendrado amor que se tuvieron dos esposos felices.

Y si al terminar el año la pobre señora no entrega los 200 rs. del préstamo y 120 de réditos, la sortija que costó 2,000 rs., y que lo ménos vale 1,500, queda en poder de doña Gertrudis, que, admitido el rédito, se ha quedado impunemente con 1,180 rs. que no son suyos.

Considera, alma cristiana, si esto que hacen los usureros con los pobres que necesitan su dinero es ménos cruel que lo que los drusos hacen con los maronitas.

La familia que comienza á llevar á una casa de empeños sus ropas en buen uso y sus alhajas, queda desnuda sin remedio.

Todas las industrias tienen sus quiebras, sus eventualidades; esta industria no tiene ninguna, porque hasta si en la casa entran ladrones y roban, ó se declara un incendio, la dueña ó el dueño no responde de los objetos ajenos que tiene en rehenes.—Así se declara

ra en las papeletas de empeño, para que no haya lugar á reclamaciones si ocurre alguna de esas desgracias. Otra eventualidad hay prevista también por la perspicacia de los usureros: en las mismas papeletas que se entregan como recibo de los objetos empeñados, se lee esta advertencia final: «No se responde de la polilla.»

¡No son mala polilla los usureros sobre ropas y alhajas! Ellos no responden de nada, juegan con sus víctimas un juego en que ellos ganan siempre.

Y así como más arriba exclamé: «¡Si yo fuera ministro de Hacienda!...» exclamo ahora:

—«¡Si yo fuera gobernador civil!...»

Si no fuera por contristar al lector, le daría desconsoladores detalles que me han referido algunas víctimas de esas gentes sin temor de Dios ni amor al prójimo; pero hago gracia de ellos al lector; solamente sentaré que así como es mejor comer el pan de la caridad que el de la usura, es mejor vender lo que se tiene, si no hay otro recurso, que depositarlo en una casa de *empeños*, donde al fin y al cabo harán por quedarse con ello.

A doña Gertrudis le ha *probado* tan bien, como ella dice, el negocio, que por obra y gracia de los pesos duros que posee, ha logrado vencer el odio que su marido tenía al sócio, y hoy le tenemos en Madrid, viviendo su mujer y él como dos príncipes, y muy agradecido al cielo é inteligencia con que su amigo de otro tiempo ha desempeñado cerca de su mujer el cargo de gerente de la casa de *empeños*, cuyo lema sigue siendo: «*Honradex, Caridad, Buena fé.*»

Por supuesto que doña Gertrudis se ha hecho santurróna; si quieren VV. verla, vayan á la iglesia donde estén las Cuarenta Horas, ó donde haya novena ó salve, y allí la encontrarán dándose golpes en el pecho y rezando Padres nuestros, y pidiendo encarecidamente al Todopoderoso que le conserve largo tiempo en este valle de lágrimas porque doña Gertrudis tiene un miedo á la muerte, que solo se justifica por los pecados que ha cometido en sus años verdes, y los que comete aun, y cometerá hasta el día último de su vida, sacrificando al prójimo todo lo más que puede.

Es que la conciencia le advierte de sus pecados; pero su depravado instinto es mucho más fuerte que su conciencia.

Su marido pasa buena vida: come, bebe y no trabaja; él ha encontrado que es realidad la famosa ficción de la gran ciudad de Jauja.

Los prestamistas sobre pagas, sobre efectos públicos y con garantías que convengan, miran con cierto desden á los que prestan sobre efectos *privados*.—Aquellos suelen ser personas de circunstancias, hasta suelen ser electores y elegibles; estos son generalmente personas de poco más ó menos, que á fuerza de trabajo y privaciones han reunido algun capital, si no han hecho su dinero á favor del comercio que se ejerce en las prenderías.—Las mujeres sirven perfectamente para esta industria, y las hay que en cuestiones de aritmética y en buena disposición para explotar al prójimo pueden dar quince y falta al hombre más olvidado de sus semejantes y más firmemente consagrado al Dios del siglo, al dinero.

Los libros de una casa de préstamos son los libros más curiosos y más entretenidos.

No sé si tendré valor para mostrar alguna de sus páginas al lector, porque dudo que éste lo tenga para leerlas.

Casi será mejor correr un velo sobre las miserias que me vería obligado á descubrir, si continuara tratando de los usureros.

Consuélese las víctimas de tanto y tanto usurero con la seguridad de que en el otro mundo debe haber para ellos un infierno especial, donde las penas sean mucho más terribles que las aplicadas á los demás pecadores.